

¡Regresemos con esperanza al templo!



@Jess Kraft / Shutterstock.com. *Basilica menor san Juan Bautista. Girón, Santander* [Fotografía]

«Cuando se habla de la alegría del templo, se habla de toda la comunidad en adoración, en oración, en acción de gracias, en alabanza. En oración con el Señor que está dentro de mí, porque soy templo; en escucha; en disponibilidad»

Papa Francisco

Contenido

	Pág.
» Presentación	<u>3</u>
» Volvamos con alegría a la Eucaristía Mons. Fabio Duque Jaramillo, O.f.m	<u>4</u>
» Liturgia cristiana: ¿encuentro o virtualidad? Pbro. Ferney Alonso Castañeda Marín	<u>7</u>
» Eucaristía, celebración de la Vida nueva Pbro. Tonino Urso	<u>9</u>
» Video: La familiaridad con Dios debe ser comunitaria Papa Francisco	<u>11</u>
» Celebrar con los que aún no pueden volver Mons. Mauro Serrano Díaz	<u>12</u>
» ¿Por qué volver a los templos? Pbro. Jorge E. Bustamante Mora	<u>15</u>
» “Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío.” (Sal 42,2) Pbro. Oscar de Jesús Rendón Acosta	<u>17</u>
» La Eucaristía fuente de esperanza y alegría Pbro. Héctor Giovanni Sandoval Moreno	<u>19</u>
» Video: Para qué se va al templo Papa Francisco	<u>21</u>
» “¡Qué alegría cuando me dijeron: «Vamos a la casa del Señor!»” (Sal. 121,1) Hno. Jaime Vargas Concha. OSB	<u>22</u>
» Volvamos al templo a Misa Pbro. Jairo de Jesús Ramírez Ramírez	<u>25</u>
» Eucaristía y Pandemia Diác. Gonzalo Sandoval Romero	<u>27</u>
» Dios nos ama y se preocupa profundamente por nosotros María Teresa Suárez de Maya	<u>30</u>

Presentación

La Iglesia, a lo largo de su historia, nunca ha dejado de reunirse para celebrar el misterio pascual de nuestro Señor Jesucristo; ya, desde sus mismos orígenes, Jesús envió a sus Apóstoles a realizar también la obra de salvación, mediante el sacrificio y los sacramentos, en torno a los cuales gira toda la vida litúrgica de la Iglesia; igualmente, el mismo día de Pentecostés, en que la Iglesia se manifestó al mundo, los que acogieron el anuncio de la palabra de Pedro fueron bautizados, también escuchaban la enseñanza de los Apóstoles, se reunían en la fracción del pan y en la oración. Desde este momento, entonces, la Iglesia ha continuado reuniéndose ininterrumpidamente para celebrar la muerte y resurrección de Cristo, leyendo la Palabra de Dios, celebrando la Eucaristía y dando gracias al mismo tiempo Dios por el don inefable en Cristo Jesús (cfr. SC 6).

Aunque este mandato de continuar la obra de la salvación ha sido realizado por la Iglesia a través de las acciones litúrgicas, solo ante situaciones imprevistas y complejas, sin dejar de celebrar, se ha visto en la urgente y perentoria necesidad, escuchando y colaborando con las autoridades civiles y con los expertos, de tomar decisiones difíciles y dolorosas que han llevado hasta la suspensión prolongada de la participación de los fieles en las celebraciones litúrgicas; es el caso concreto de la pandemia globalizada que estamos viviendo a causa del COVID-19 y que estamos padeciendo en Colombia desde hace aproximadamente nueve meses.

En esta experiencia, en efecto, los obispos y sacerdotes han presidido las ceremonias litúrgicas aun sin participación física de los feligreses, quienes, a su vez, han sido invitados a unirse a ellas espiritualmente por la oración y el ofrecimiento de sus obras, las celebraciones de la palabra en familia y el seguimiento virtual de las celebraciones a través de los diversos medios de comunicación. En cuanto a la no congregación y participación física de los fieles en el templo, que es destinado con propiedad para dar culto y para adorar a Dios, conviene también tener presente las palabras del Papa Francisco cuando dijo: "...alguien me hizo reflexionar sobre el peligro de este momento que estamos viviendo, esta pandemia, que nos ha hecho a todos comunicarnos religiosamente a través de los medios de comunicación, incluso esta misa... estamos todos comunicados pero no juntos..., esto no es la Iglesia, es la Iglesia en una situación difícil. Pero el ideal de la Iglesia es estar siempre con el pueblo y con los sacramentos, siempre". (Homilía capilla de la Casa Santa Marta, 17 de abril de 2020).

Igualmente, refiriéndose a este mismo hecho, dijo el Papa, "un obispo bueno me hizo reflexionar sobre el cuidado que debía tener de 'no viralizar la Iglesia, de no viralizar los sacramentos, de no virali-

zar al pueblo de Dios'. La Iglesia, los sacramentos, el pueblo de Dios son concretos... ". (Ibidem). Como estamos llamados, entonces, a fortalecer nuestra familiaridad con Dios, también en medio de esta circunstancia que vivimos y a través de la virtualidad, debemos hacerlo así solo mientras pasa este tiempo oscuro que estamos experimentando, pues la familiaridad debe ser concreta, es decir, comunitaria, con la Iglesia, con los sacramentos, en medio del pueblo de Dios,

Por eso, después de este tiempo de confinamiento y también de gracia, con las correspondientes orientaciones y aplicación de los respectivos protocolos de bioseguridad, se han ido reabriendo paulatinamente los templos y felizmente estamos, con ciertos temores, pero también con grandes esperanzas, retornando a las celebraciones litúrgicas que alimentan y fortalecen la vida espiritual del pueblo de Dios y, por tanto, la familiaridad comunitaria.

Como animación y motivación a este retorno progresivo al templo para ir regresando a la normalidad de la celebración de la fe, tenemos muy presente y compartimos lo que dijo el Cardenal Sarah, en su carta "Volvemos con alegría a la Eucaristía": "Es necesario y urgente, tan pronto como las circunstancias lo permitan, volver a la normalidad de la vida cristiana, que tiene como casa el edificio de la iglesia, y la celebración de la liturgia, particularmente de la Eucaristía, como «la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza...» (S C, 10)".

Sin embargo, dado que en esta nueva etapa que ya estamos viviendo, unos todavía no pueden y otros definitivamente no podrían participar en las celebraciones en los templos, bien por las restricciones establecidas en los protocolos, bien por razones de salud o de edad, conviene mantener activa la preocupación y el esfuerzo pastoral para hacer que ellos, con las estrategias pastorales que han sido implementadas en esta época, se puedan unir a las celebraciones de la comunidad.

En este contexto, entonces, se ofrece este boletín *Notas de Actualidad Litúrgica*, No. 77, en el que se ofrecen diversas reflexiones sobre el tema: "¡Regresemos con esperanza al templo!", en este ambiente de vuelta progresiva al templo donde, experimentando ciertos temores, tenemos la firme esperanza de que el Señor siempre ha estado caminando con nosotros para ser capaces de discernir su voluntad en bien de todo su pueblo.

Agradeciendo la colaboración de cada uno de los que aportaron sus conocimientos e ideas, deseamos que estas reflexiones nos ayuden a iluminar y orientar más el momento histórico de celebración de la fe, en medio de la realidad concreta de la pandemia que estamos viviendo.★

Volvamos con alegría a la Eucaristía

El apóstol Santiago, nos quiere indicar que nuestra experiencia de fe no se puede reducir a la confesión de la existencia de un solo Dios, “*porque también los demonios creen que Dios existe y es uno solo y tiemblan*”. [1] No es señal de cristianismo creer en la existencia de Dios y en su unicidad, es necesario confesar que ese Dios en el que creemos se ha hecho hombre en las entrañas de María, con un objetivo muy preciso: darle sentido al sufrimiento del hombre, mostrando el camino que hemos de tomar para llegar al objetivo por el cual Dios nos ha creado: hacernos felices. ¿Cómo ser felices en medio del sufrimiento de la pandemia? Es este uno de los desafíos de nuestra fe.

En el Antiguo Testamento el libro del Deuteronomio sentencia: “Escucha Israel, esmérate en practicar los mandamientos que te harán feliz... El Señor nuestro Dios es el único. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas”. [2] Ya en el Nuevo Testamento Jesús insistirá que el resumen de toda la ley y los profetas está no solo en el amar a Dios sino también en cumplir también el segundo mandato, que Él lo considera similar al primero: Amar al prójimo como cada uno se ama a sí mismo. [3] No era una novedad, ya el libro del Levítico en el Antiguo Testamento lo había legislado. [4] El amor a Dios y al prójimo es posible también en tiempos de pandemia, como único camino hacia el encuentro con el Dios de Jesucristo y con el hermano, que tiene como meta la felicidad.

La conciencia de que Dios hecho hombre (Jesucristo) habita en la intimidad de cada uno, es decir, en lo que la Escritura llama el corazón, se convierte en el secreto para poder aceptar la realidad, y para practicar lo que nos lleva a la felicidad. La fe se hace real cuando se cree en el corazón y se proclama con los labios que Jesús es el Señor [5] y esta experiencia se hace auténtica, cuando, según la expresión de San Juan Crisóstomo, se pueden practicar las obras de la fe sin esfuerzo. Estas obras son aquellas que superan las capacidades de todo ser humano y que este, las realiza solo apoyado en la fuerza que viene de lo alto, que solicita nuestra colaboración. Sin la fuerza de la fe es inútil intentarlo porque es imposible.

De aquí brota también la experiencia de que todo sucede para el bien de todos los que Dios ama [6] Solo el hombre de fe tiene la certeza, que su propia historia no terminará en fracaso, pero tiene la convicción interior de que para llegar a la gloria es necesario padecer mucho. [7]

Desde la Escritura hay dos razones para el sufrimiento, expresadas con claridad en la primera carta del apóstol san Pedro: 1-) El sufrimiento que procede del pecado y que es consecuencia del mismo pecado, cuando el autor de la carta nos dice: “que ninguno de ustedes tenga que sufrir por asesino, ladrón, malhechor o entrometido”. [8] 2-) El sufrimiento que proviene de compartir los sufrimientos de Cristo y por el cual el apóstol llama a quienes de esta manera sufren “bienaventurados”: Estén alegres en la medida que comparten los sufrimientos de Cristo, de modo que cuando se revele su gloria gocen de alegría desbordante” (1 Pe 4, 13). Sí sufren por ser cristianos “que no se avergüencen, sino que den gloria a Dios por este nombre”. [9]

Hemos construido un imaginario un poco preocupante cuando consideramos todo sufrimiento humano como un castigo de Dios y no somos capaces de descubrir la responsabilidad personal en el propio sufrimiento, como consecuencia de nuestros pecados. Con el libro de la Sabiduría podemos proclamar que ni el pecado, ni el sufrimiento ni la muerte han entrado en el mundo por Dios, sino que entraron por envidia del Maligno. [10] El libro de Job, presenta a Satán pidiendo permiso para hacer sufrir al hombre e indica claramente que Dios no tiene ningún interés en enviarle el sufrimiento, sino que pretende que el hombre mantenga la fidelidad a Dios en medio del sufrimiento. Desde la fe se nos invita a no mirar la pandemia como un castigo, pero sí como la consecuencia de la maldad en la que estamos inmensos.

Estos elementos insinuados hasta aquí, han de servirnos como punto de referencia para reflexionar, en estos momentos de enorme dificultad. El momento inesperado y ya prolongado de la pandemia nos ha desestabilizado y espero que nos ayude a meditar en la autenticidad y la madurez de nuestra fe. Si la fe nos otorga el sentido de to-

[1] Cf. Sant 2, 19

[2] Deut 6, 3.4

[3] Cf. Mt 22, 40

[4] Cf. Lev 19, 18

[5] Cf. Rom 10, 9

[6] Cf. Rom 8, 28.

[7] Cf. Lc 24, 26

[8] 1 Pe 4, 15

[9] 1 Pe 4, 16

[10] Hab 3, 17-19

do sufrimiento humano, ¿estamos encontrando en ella la paz y la serenidad en este momento de nuestra historia? El profeta Habacuc nos dice que el “justo vivirá por la fe” ^[11], y se atreve a dibujar una imagen del creyente en estas palabras: “Aunque la higuera no echa yemas y las viñas no tienen fruto, aunque el oliva olvida su aceituna y los campos no dan cosechas, aunque se acaban las ovejas del redil y no quedan vacas en el establo, yo exultaré con el Señor, me gloriaré en Dios, mi salvador. El Señor soberano es mi fuerza, él me da piernas de gacela y me hace caminar por las alturas” ^[12]. Al afirmar con el profeta Habacuc, preguntémosnos: ¿Es tan adulta nuestra experiencia del Dios de Jesucristo, que hemos podido encontrar respuesta de todo lo que nos está sucediendo?

En función de llegar a encontrarle razón de ser al sufrimiento y llegar a practicar lo que nos hace felices está la justificación de toda la misión evangelizadora y santificadora de la Iglesia. Es una misión que necesariamente nos abrirá a una vida comunitaria pero que exige una experiencia personal y de participación en la vida de una comunidad cristiana muy concreta, compuesta por personas que se conocen y que por su conocimiento y experiencia de fe llegan de verdad a amarse y crean vínculos que podrían llegar a ser más fuertes que los de la propia familia, formando así la familia de Dios. Evangelización y sacramentalización son dos realidades que se implican mutuamente, es decir, el anuncio explícito del Evangelio nos conduce necesariamente al sacramento. Sin embargo, el llegar al sacramento sin una profunda evangelización, nos puede llevar a convertir el sacramento en un acto de religiosidad natural y difícilmente en un acto de experiencia profunda de fe. Las “perlas precisas”, que significan para la Iglesia los sacramentos que a ella se le han confiado no pueden ser arrojadas a los cerdos, como está escrito: “No den lo santo a los perros, ni les echen sus perlas a los cerdos; no sea que las pisoteen con sus patas y después se revuelvan para destrozarlos”.^[13]

Estamos en tiempo de emergencia, y este tiempo implica medidas extraordinarias a las que no podemos habituarnos y frente a las cuales es necesaria siempre una evaluación que nos permita asumir lo positivo, descartar lo negativo y acoger elementos nuevos que se puedan integrar a nuestras vidas que no se habían percibido y que no destruyan lo esencial de la vida en general y de la experiencia de fe en particular.

Esta pandemia es la primera de la era globalizada y nos encuentra en situaciones mucho más distintas de las que se encontraba la humanidad en otros momentos de la historia, en que la humanidad enfrentó grandes pestes. Pensábamos que ya esto estaba superado, nos sentíamos seguros. Las distancias se habían acortado, ahora podemos ser testigos de los acontecimientos casi desde el primer momento en el que acaecen, gracias a los medios de comunicación, podemos estar en un día en los más remotas lugares de la tierra. Son elementos que son valorados con mucha ilusión y que nos esforzamos por progresar aún mucho más. Pero esos elementos tan positivos y tan significativos para la humanidad, en el caso de nuestra pandemia, han favorecido la propagación acelerada del virus y, por tanto, del contagio. El progreso, como todo lo humano, es necesario analizarlo en todos sus aspectos y consecuencias, tanto positivos como negativos.

En este tiempo de emergencia sanitaria por la covid-19, se ha puesto en dificultad nuestra experiencia sacramental en la Iglesia. Muchos llegaron a afirmar que la Iglesia se había cerrado. La Iglesia nunca cerró sus puertas, cerró sus templos. Para que la Iglesia sea cerrada todos los miembros de la Iglesia tendríamos que cerrar los oídos y el corazón, es decir, dejar todos de creer. Mientras existan al menos dos o tres hermanos que no cierren el corazón y el oído la Iglesia siempre permanecerá abierta. Es nuestra visión de fe limitada la que nos lleva a determinadas afirmaciones que no son exactas. De la misma manera que Pablo se expresa afirmando que “la Palabra de Dios no está encadenada”, ^[14] nosotros podemos afirmar que la Iglesia de Dios no está confinada. Mientras la Iglesia utilice todos los medios posibles y se haga creativa para anunciar el Evangelio, jamás podremos decir que ella está confinada, aun cuando algunos o muchos de sus hijos sí tengan que estar sometidos a confinamiento, por el bien de su salud y para cuidar la salud de los demás.

En épocas de pestes en la antigüedad no podemos dejar de recordar que hasta los Papas tuvieron que buscar refugio, fuera de la ciudad de Roma para preservarse de las epidemias. Algunos de las ciudades vecinas albergaron la curia romana durante largos períodos, recuérdese de manera particular la ciudad de Viterbo. Igualmente, las pestes fueron devastadoras en muchas ocasiones y fue la Iglesia la que tuvo que coordinar la mayoría de las medidas sanitarias y los aislamientos necesarios con implicaciones en el desarrollo nor-

[11] Ha 2, 4

[12] Hab 3, 17-19

[13] Mt 7,6

[14] 2 Tim 2, 9

mal del culto. No es pues, novedad lo que vivimos. La novedad está en que esas pestes contagiaron regiones delimitadas, y esta es propiamente la primera pandemia de la era de la globalización.

El progreso de la técnica y los grandes descubrimientos en el campo de la comunicación del momento en que vivimos, nos permite utilizar con funciones de evangelización todos los medios a nuestro alcance, haciendo posible, como medida que jamás podrá ser estable, la llamada “virtualidad”, para hacer partícipes a los fieles, desde una perspectiva totalmente extraordinaria, del anuncio del Evangelio y de una participación “sui generis”, fundamentalmente en la Eucaristía.

La virtualidad no nos puede hacer perder de vista el mundo real que nos rodea y en el que está presente de manera particular el sufrimiento de todos nosotros, maquillado y disimulado siempre en el mundo irreal de lo virtual. A mi manera de ver, aquí se ha de fundamentar la urgencia de regresar lo más pronto posible a nuestras asambleas normales. El Papa Francisco en su visita a Macedonia del Norte, en la Misa celebrada en Skopje, el 7 de mayo de 2019 nos decía: “Presos por la virtualidad hemos perdido el gusto y el sabor de la realidad”.^[15] La idea viene reforzada al afirmar en la última carta encíclica: “Las redes virtuales constituyen círculos virtuales que nos aíslan del entorno que vivimos”.^[16]

La experiencia cristiana es esencialmente comunitaria, y queda fracturada cuando la presencia física de los participantes se da solamente a partir de imágenes y sonidos, que transmiten el mensaje, pero que no permiten el contacto con la realidad, marcada por los sufrimientos y alegrías de quienes comparten en “directo” la historia. Como lo expresa con gran elocuencia el Cardenal Sarah en su carta “Volvemos con alegría a la Eucaristía”, nuestros templos tienen una gran diferencia con los templos del paganismo, que han sido construidos para dedicarlos a la divinidad, pero sin posibilidad de acceso de la gente; el templo cristiano, además de ser la “casa de Dios” es al mismo tiempo la “casa de la Iglesia”, es decir la casa de la asamblea de los bautizados en la que nos reconocemos como comunidad. Todo recurso empleado, que no son nunca definitivos, para dar respuestas al problema de una emergencia, no se puede convertir en lo definitivo. La Iglesia nunca estará cerrada, se cerraron los templos, pero donde se encuentran dos o tres hermanos reunidos,

ya hay una presencia de la Iglesia que nunca podrá ser superada.

Mientras no se descubra en las normas que dan nuestras autoridades una camuflada persecución a la fe, nosotros, como nos lo indica la misma Sagrada Escritura, estamos llamados a obedecer a las autoridades.^[17] Es necesario estar atentos, porque en estos tiempos de pandemia las autoridades civiles, pueden caer en la tentación de legislar al interior de nuestras celebraciones, donde la única competencia al respecto le tienen a las autoridades eclesiales.^[18]

Los padres del desierto, afirmaron en su tiempo, que solo dos cosas el demonio no puede realizar, porque van contra su esencia: humillarse y obedecer; por el contrario, como nos lo indica la misma Biblia, el demonio se puede vestir de ángel de luz y puede utilizar el texto bíblico para engañar; los Padres de la Iglesia afirman que puede utilizar también las enseñanzas de la Iglesia, pero están imposibilitados para la humillación y la obediencia. Es necesario discernir desde la fe a quien obedecemos. Muchos que pretenden imponer sus propios criterios y caprichos, pretenden colocarse por encima de los verdaderos pastores, es decir, por encima de los sucesores de Pedro y los apóstoles, el Papa y los obispos. Cuando nos independizamos de ellos corremos el riesgo de terminar no en la Iglesia de Jesucristo, sino en la Iglesia del líder de turno.

Regresemos a nuestros templos, en la medida que la pandemia nos lo permita y con las limitaciones que se nos exigen, cumpliendo las medidas sanitarias indispensables. Guardar y cuidar las medidas sanitarias, nos llevan a reafirmar el respeto que hemos de tener por nuestra vida y por la vida de los hermanos. Desde nuestra fe, estamos convencidos que, aun cuando el momento sea difícil, el Señor es el único capaz de sacar bienes de lo que para nosotros son males y siendo Él un experto en estas lides, estoy seguro que así lo hará. A nosotros nos corresponde la paciencia en esperar el tiempo de la acción victoriosa de Dios.★

Monseñor Fabio Duque Jaramillo

Obispo de la Diócesis de Garzón

Presidente de la Comisión Episcopal de Liturgia

Lcdo. en Filosofía y Teología

en la Universidad San Buenaventura, Bogotá

Dr. en Sagrada Liturgia

del Instituto Pontificio Litúrgico San Anselmo, Roma

[15] Francisco, Carta Encíclica, *Fratelli tutti*, n° 33

[16] *Ibid*, n° 47

[17] Cf. Rom 13, 1-7; Tit 3,1

[18] *Sacrosanctum Concilium*, n° 22.

Liturgia Cristiana: ¿Encuentro o Virtualidad?

«Lo que contemplamos y palparon nuestras manos acerca del Verbo de la vida; pues la vida se hizo visible y nosotros hemos visto, damos testimonio» (1 Jn 1,1).

Este testimonio del apóstol san Juan nos pone frente a lo que es la columna vertebral de toda la experiencia religiosa cristiana: Dios no se ha revelado exclusivamente a través de los sentidos con la columna de fuego o de nube durante la travesía del pueblo a través del desierto (cf. Ex 13,17-2), sino que ha querido salir a nuestro encuentro, participar de nuestra propia naturaleza y tejer con nosotros la historia: así, amó con corazón de hombre, pensó con inteligencia de hombre, trabajó con manos de hombre (cf. GS 22), pues con su Encarnación puso definitivamente su morada entre nosotros (cf. Jn 1,14).

No es posible comprender la riqueza del cristianismo si no captamos adecuadamente lo que implica este «anclaje» de Dios en la historia humana, no como simple espectador sino como co-participante activo.

En la capilla *Redemptoris mater*, decorada por el padre Marko Ivan Rupnik, en el Vaticano, hay un pequeño mosaico que pretende transmitir algunos aspectos teológicos de la Ascensión y Pentecostés: el Señor, que asciende al santuario celeste, va rodeado en una especie de esfera que, de alguna manera, refleja su doble naturaleza, pero hay un pequeño aspecto que puede pasar desapercibido: el borde inferior de su manto cuelga por fuera de la esfera divina que lo contiene. Siempre me ha parecido ver allí una actualización del pasaje de la hemorroisa a la que le bastó solo tocar el borde del manto para quedar curada (Mc 5,25-32). La liturgia es, de alguna manera, el borde del manto que hace de bisagra entre lo humano y lo divino. Dicho de otra manera, la liturgia cristiana es, precisamente, el modo como el dedo de Dios sigue acariciando nuestra historia comunitaria y personal, en un diálogo continuo, a través de los sentidos y del espíritu.

Es en la liturgia donde sentimos, por un lado, el toque de Dios que se acerca a nuestra vida para iluminarla y alimentarla como a los discípu-

los de Emaús (cf. Lc. 23,13-35), encendiendo en nosotros aquel fuego de la caridad que nos hace capaces del «hermano» y, por otro, el lugar privilegiado para encontrarnos con la comunidad, sobre todo, en la eucaristía, en la que somos hechos un solo corazón y una sola alma (Hch 4,32-37).

Ya, desde la antigüedad cristiana, nuestros padres sintieron que la eucaristía no solo hacía visible la comunión entre los hermanos y con las otras comunidades que iban naciendo —pues todos los que comen un solo pan se hacen un solo cuerpo (1Cor 10,17)—, sino también, que ella era su causa y su fuente. Enseñaba san Agustín: «Si ustedes son el cuerpo de Cristo y sus miembros, sobre el altar del Señor [en la eucaristía] se pone su propio misterio... Sean lo que ven y reciban lo que son» (*Sermo 272*: PL 38,1247s; cf. *Sermo 227*: ibid. 1099ss)

La «teología del encuentro», tan propia del cristianismo, tiene toda su razón de ser, ante todo porque la Iglesia misma es prolongación real en la historia de la presencia de Cristo: si no hay encuentro, no es posible edificar el Cuerpo místico; por eso afirma el Señor: «en esto reconocerán que ustedes son mis discípulos: si se aman» (Jn 13,35). Sobra decir que el encuentro entre los hermanos, capaz de suscitar la comunión, es el que sucede al encuentro con Aquel que nos ha amado primero (1Jn 4,10) y que nos enseña con su vida y sacrificio el rostro del verdadero amor.

Una errónea concepción de esta teología del encuentro nos puede llevar a dos extremos peligrosos para el cristianismo: o bien, minusvalorar el encuentro hasta creer que solo importa la relación directa entre Dios y la persona, propia de aquellos que creen en Dios, pero no en la Iglesia; o bien, sobrevalorarlo y desligarlo de la dimensión de fe hasta el punto de creer que basta la dimensión comunitaria sin percibir que sin aquella, toda esta experiencia se reduciría a una simple filantropía vacía de trascendencia. El primer error haría de la Iglesia una escuela de iluminados y ascendidos egoístas y desencarnados, pero no el Cuerpo místico de Cristo; el segundo haría de ella una sociedad de autoayuda o una ONG, pero no el lugar de encuentro entre Dios y el hombre.

La pérdida del sentido comunitario

Es posible que circunstancias externas terminen deformando nuestra capacidad de valorar el «don» del encuentro. Es apenas comprensible que el aislamiento al que nos hemos visto obligados durante estos últimos meses nos lleve a evitar cuanto podamos esta dimensión comunitaria. El fenómeno que vemos quienes presidimos, en nombre de nuestros obispos, las comunidades es que, tras el aislamiento, muchos fieles prefieren quedarse en casa antes que asistir a las celebraciones litúrgicas en los templos. Pero ¿cómo edificar este Cuerpo místico si no nos vemos, si no nos encontramos?

Medios de comunicación y transmisión de gracia

No es desconocida para nadie la importancia que los medios de comunicación tienen en la vida cristiana, sobre todo, por la accesibilidad que ofrecen a contenidos formativos y celebrativos que, seguramente nos ayudan a elevar nuestro espíritu hacia el Señor.

Pero más que sentirnos plenamente satisfechos con el mundo virtual, deberíamos sentir la nostalgia de la comunión plena: del olor, del calor, del brillo de los ojos... es lo propio de la persona humana. No hemos sido creados para estar detrás de una pantalla defendiendo nuestra intimidad e integridad sino para exponernos ante el otro; el repliegue en defensa de nuestros intereses es consecuencia del pecado, que nos lleva a considerar al otro un peligro, tal como lo deducimos de la enseñanza teológica del primer pecado (cf. Gen 3,7) que llevó a aquel que había declarado «Esta sí que es carne de mi carne» (Gen 2,23), a guardarse por miedo al castigo, pero abandonado a su compañera a su suerte. El cristianismo nos ofrece otro camino recorrido por nuestro Señor: el del arrojo, del sacrificio total y sin reserva.

El cristianismo no es camino para aquellos que desean conservar con celo lo suyo, sino para quienes comprenden que solo donando esta vida pueden alcanzar la eterna (cf. Mt 10,37-42). Esto, desde luego, no pretende animar a una actitud temeraria en las circunstancias actuales, todo lo contrario: es una invitación a la restauración paulatina de la vida en

condiciones de responsabilidad civil y cristiana, sin negarnos la posibilidad del encuentro.

El lugar de lo virtual en la dimensión litúrgica

Si bien la televisión, el internet y la radio nos acercan virtualmente a lugares donde sería físicamente imposible estar presente, cabe recordar que lo natural en el hombre es el encuentro persona-a-persona. El hombre viene dotado naturalmente de un cuerpo con cinco puertas que le permiten estar en comunicación con los otros, pero no tiene antenas ni posibilidad de movilizarse virtualmente a otros lugares, sin ayuda técnica.

Pienso ahora mismo en aquella maravillosa experiencia de Zaqueo sobre aquel Sicómoro (cf. Lc 19,1-10): ¿qué habría sido de él si no se hubiera cruzado realmente su mirada y la de Jesús? No se trata de un asunto de medios técnicos de época, sino una comprensión profunda de lo que significa el hombre y su capacidad relacional; de lo que produce ese encuentro entre la intimidad humana y la divina.

Aunque pueda parecer exagerada mi apreciación, en las celebraciones virtuales puedes tú mirar al celebrante, pero él jamás podrá verte a ti; no hay, por tanto, una correspondencia relacional tan básica en la experiencia litúrgica. Y por eso afirmamos que son recursos que deben ser usados con ponderación y sensatez, y deben ser vistos como instrumentales y sucedáneos.

En esta dinámica relacional toda la vida sacramental requiere el contacto del «tú» de Dios que sale al encuentro del «tú» del hombre para salvarlo: la gracia se lleva a cabo en el encuentro con unos ojos que miran, unas manos que bendicen y abrazan, unos oídos dispuestos a la escucha. Los sacramentos no operan como fórmulas mágicas, sino que requieren de dos voluntades que se encuentran y desean alcanzar y ser alcanzadas. ★

Pbro. Ferney Alonso Castañeda Marín

Delegado de Liturgia

Profesor del Seminario Mayor, San Juan Pablo II

Dr. en Teología de la Universidad Eclesiástica

San Dámaso, Madrid

Diócesis de Armenia

Eucaristía, celebración de la Vida nueva

El santo padre, el papa Francisco, el pasado 3 de septiembre ha aprobado la publicación de la carta titulada “Volvemos con alegría a la Eucaristía”, que la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos ha redactado el 15 de agosto de 2020, Solemnidad de la Asunción de la Bienaventurada Virgen María, dirigiéndola a los presidentes de las conferencias episcopales de la Iglesia católica.

La carta hace un breve recorrido teológico, patrístico e histórico-social sobre el fundamento comunitario, y por ende esencial, de la celebración del misterio pascual, que el cuerpo místico de Cristo realiza por la acción del Espíritu del Resucitado, convocado en la *domus Dei* y *domus ecclesiae*, lugar en el cual se identifica como asamblea santa, pueblo de Dios.



Joseph. (2010). *Misterio Pascual* [Ilustración]. <http://religionenelcolegiojoseph.blogspot.com/2010/09/2do-tema-misterio-pascual.html>

El hecho de que la carta haya sido escrita el día de la Asunción de la bienaventurada Virgen María no es del todo casual, porque nos hace presente nuestro destino final y la participación en él desde ya cuando participamos de la liturgia, así como lo afirma la constitución conciliar *Sacrosanctum Concilium*: “En la Liturgia terrena preparamos y tomamos parte en aquella Liturgia Celestial, que se celebra en la santa ciudad de Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos (...)”.^[1]

Desde esta perspectiva, en nuestras celebraciones estamos llamados a anticipar el cielo, como decía el teólogo ruso Sergej Bulgakov, “la liturgia es el cielo en la tierra”. Nuestra vida no tendría ningún sentido si no fuera un camino hacia el cielo. Es un camino que debe ser sostenido necesariamente por el *maná*, el *pan de los ángeles*, el *viático*, que el mismo Dios nos entrega. En la celebración de la Eucaristía experimentamos el sabor del pan del peregrino y de la plenitud mesiánica en la eternidad (cf. Is 25, 16). Podríamos decir que la Eucaristía es “gustar la eternidad en el tiempo”, utilizando una expresión dedicada a la liturgia sabática judía (A. J. Heschel).

Por eso el papa San Juan Pablo II en la carta apostólica *Dies Domini*, recogiendo las palabras de *Gaudete in Domino* de San Pablo VI, invitó a todos a no abandonar “este encuentro, este banquete que Cristo nos prepara con su amor”. Además, nos invitó a una participación a la vez digna y festiva. Es la misma invitación que nos hace el autor de la carta a los Hebreos, para no hacer vano el sacrificio de Cristo: “(...) sin abandonar nuestras asambleas como algunos acostumbran a hacerlo; antes bien, animaos unos a otros, tanto más cuanto que veis que se acerca ya el Día” (Heb 10, 25).

Es en el *aquí* y el *ahora* del actuar litúrgico que nos encontramos con Cristo y nos beneficiamos de la salvación. Es Cristo crucificado y glorificado que viene en medio de nosotros, sus discípulos, para conducirnos juntos a la gloria de su resurrección. “Es la cumbre, aquí abajo, de la alianza de amor entre Dios y su pueblo: signo y fuente de alegría cristiana, preparación para la fiesta eterna”.^[2]

Estamos llamados a participar en esta alianza nueva y eterna sellada en la Sangre de Cristo, el Cordero degollado, para que tengamos en nosotros vida en abundancia (cf. Jn 10, 10), para lo cual Jesucristo ha sido enviado al mundo. Permanecer unidos a Él en su cuerpo que es la Iglesia, es la garantía de que el misterio pascual celebrado, contemplado y vivido dé en nosotros frutos de vida eterna. Uno de ellos es la alegría de ser y vivir como miembros de su cuerpo, con el cual celebramos los

[1] *Sacrosanctum Concilium*, 8

[2] San Juan Pablo II, *Dies Domini*, 58

divinos misterios y salimos de ellos renovados y rejuvenecidos, porque en el banquete de su amor nos ofrecemos como hostias vivas (Rom 12 ,1). En efecto, ya san Agustín nos decía: “Este es el sacrificio de los cristianos: la reunión de muchos, que formamos un solo cuerpo en Cristo. Este misterio es celebrado también por la Iglesia en el sacramento del altar, del todo familiar a los fieles, donde se demuestra que la Iglesia, en la misma oblación que hace, se ofrece a sí misma”.^[3]

Ofrecernos con Él en la celebración del misterio pascual y después en la vocación específica a la cual hemos sido llamados, como obispos y presbíteros, como padres y madres de familia, como célibes o consagrados, como obreros o dirigentes de una empresa, es asociarnos a la muerte de Cristo para vivir como resucitados, y para dar al mundo en el cual vivimos, con sus alegrías, sufrimiento y circunstancias históricas, el verdadero sentido de la existencia. Es por eso que la Eucaristía hace la Iglesia, porque hace de ella el cuerpo de Cristo en medio de esta generación, cumpliendo la misión a ella confiada, que es la de ser sacramento de salvación, sal, luz y fermento.

Ser Iglesia, cuyo principio fontal y vital es la celebración de la Eucaristía, en donde se alimenta y se perfecciona hasta llegar a la estatura perfecta de la madurez de Cristo, es vivir en un estado permanente de misión. La misión es ser signo visible de salvación para que los hombres vean y experimenten que Dios en su Hijo Jesucristo nos ha perdonado el pecado, cuyo salario es la muerte, y nos hace partícipes de su Vida inmortal cada vez que participamos del banquete de su amor. Así que participar de la Eucaristía, más allá de cumplir solo un precepto, es la celebración de la Vida nueva, de la Vida inmortal que se nos ofrece constantemente gracias a que “*el verdadero Cordero que quitó el pecado del mundo, muriendo destruyó nuestra muerte y resucitando restauró la vida*”^[4]. En la celebración eucarística nos unimos a Cristo que vence la muerte y, por ende, nuestras tristezas, para entregarnos gratuitamente la alegría. En ella el Señor perdona nuestros pecados, nos devuelve la gracia y nos envía a la misión de todos los días.

La misión que brota de la celebración del sacramento y que se nos confía, es la de manifestar al mundo el Amor incondicional que Dios

nos tiene. Un cristiano vive en el mundo dando a conocer con su vida lo que ha celebrado unido al cuerpo místico de Cristo. De allí podemos entender la célebre expresión del autor de la carta a Diogneto refiriéndose a los cristianos: “Tan importante es el puesto que Dios les ha asignado, del que no les es lícito desertar”^[5]. Dios nos ha asignado un puesto en el mundo, del cual no podemos desertar, que podremos ocupar si hemos ocupado el puesto que Él nos ha asignado en la asamblea reunida que celebra a Cristo, víctima, altar y sacerdote. Celebración de los sacramentos y modo de vivir van unidos indisolublemente, de forma que no podremos ser sacramento de salvación en el mundo si no celebramos los sacramentos cuando somos convocados y especialmente en el Día del Señor, día en que celebramos la pascua semanal. En ella le pedimos al Señor que infunda su Espíritu Santo para la consagración de las especies eucarísticas, y para que congregue en la unidad a cuantos participamos del cuerpo y sangre de su Hijo. Es por eso que es indispensable la presencia en la celebración de aquellos que constituimos su cuerpo, para que podamos realmente hacer la Eucaristía que hace la Iglesia.

Dios nos ha llamado a ser su pueblo, stirpe elegida, de forma que en la liturgia somos el sujeto celebrante junto al ministro, así como lo afirma el Misal Romano: “*Reunido el pueblo, el sacerdote se dirige al altar, con los ministros, mientras entona el canto de entrada*”.^[6] Empieza diciendo “*Reunido el pueblo*” porque “*en la Misa o Cena del Señor el Pueblo de Dios es congregado, bajo la presidencia del sacerdote, que actúa en la persona de Cristo, para celebrar el memorial del Señor o sacrificio eucarístico. De ahí que sea eminentemente válida cuando se habla de asamblea local de la Santa Iglesia, aquella promesa de Cristo: “Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18, 20). Pues en la celebración de la Misa en la cual se perpetúa el sacrificio de la cruz, Cristo está realmente presente en la misma asamblea congregada en su nombre, en la persona del ministro, en su palabra y ciertamente de una manera sustancial y permanente en las especies eucarísticas*”.^[7]

Volver con alegría a la celebración eucarística, es volver a esta conciencia y a este deseo, para que maravillados por el amor de Dios, mani-

[3] San Agustín, *La ciudad de Dios*, Libro X, (6 CCL 47, 278-279)

[4] Misal Romano, *Prefacio Pascual I*

[5] *Carta a Diogneto* (Cap. 5-6; Funk 1, 317-321)

[6] Misal Romano, *Ordinario de la Misa, Estructura general*, 1

festado en Cristo que se entrega por todos los hombres, se produzca en nosotros el *asombro eucarístico*, al cual nos invitaba San Juan Pablo II ^[8], y que han experimentado millones de fieles católicos durante dos mil años de historia, cada vez que reunidos en comunión han anunciado su muerte, proclamado su resurrección y esperado su segunda venida.

Es el asombro que nace de la contemplación de las *mirabilia Dei*, prefigurado en la historia de la salvación que vivió Abraham cuando experimentó la presencia de Dios, que en lugar de su hijo Isaac, proveyó un carnero para el sacrificio, y que el pueblo elegido experimentó cuando se vio libre de la esclavitud del faraón y fue introducido en la tierra prometida. Es el mismo asombro que experimentaron las mujeres frente al sepulcro vacío, y aquel que sintieron los apóstoles encerrados por miedo a la muerte, cuando Cristo se les apareció a puertas cerradas. Es la experiencia que vivieron los discípulos de Emaús cuando reconocieron a Cristo al partir el pan. Se trata del asombro que vivió el discípulo amado después de una larga noche sin pescar nada y viendo a Jesucristo exclamó: “Es el Señor!”. Es el asombro que los paganos manifestaban cuando se encontraban con el amor encarnado en la comunidad cristiana, en la Iglesia, y exclamaban: “¡Mirad como se aman!” ^[9].

La Eucaristía hace la Iglesia creando y visibilizando el Amor, la comunión, destruyendo todo tipo de egoísmo y de barreras que continuamente se levantan entre las personas, a causa del príncipe de este mundo que seduce y divi-

de. Comulgando al cuerpo y a la sangre de Cristo, somos desposados con Él y asimilados a su cuerpo, de forma que le pertenecemos, y también Él nos pertenece. Él en la Encarnación ha asumido nuestra humanidad para entregarnos su divinidad, en un *admirabile commercium* ^[10], de modo que su Vida y sus dones son también nuestros.

Participando consciente y activamente en la Eucaristía recibimos su gracia, es decir, la capacidad de amar, de entregarnos, de perdonar, de comprender y, en última instancia, de perder nuestra vida por Él, porque estamos seguros de que con Él la recobramos. Este es el asombro que vivimos cuando participamos de la Eucaristía y cuando siendo dóciles al poder de la Palabra proclamada en la asamblea, vemos a Dios triunfar sobre nuestras esclavitudes.

Volver a la celebración eucarística con alegría, es en definitiva volver a ser Iglesia, comunidad convocada y trasformada en cuerpo de Cristo, que se deja asombrar por el amor de Dios y asombra sirviendo a los demás.

¡Volvamos con alegría a la Eucaristía! ★

Pbro. Tonino Urso

Rector

Seminario Misionero Redemptoris Mater, Medellín

Dr. en Liturgia del Instituto Pontificio Litúrgico

San Anselmo, Roma

[7] Misal Romano, *Ordenación general del Misal Romano*, 27

[8] San Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, 6

[9] Tertuliano, *Apologético*, 39, 1-18

[10] San Atanasio de Alejandría, *De Incarnatione*, 54, 3; San León Magno, *Sermón 8 sobre la Navidad*, CCL 138, 139



La familiaridad con Dios debe ser comunitaria

Papa Francisco

<https://youtu.be/lu9nFO6sCuk>

Celebrar con los que aún no pueden volver

La Carta del Cardenal Sarah quiere recordar, en la pandemia, el valor de la liturgia como “cumbre y fuente de toda la vida de la Iglesia (SC10)”.

Para muchos fieles y pastores, este tiempo sin templos, sin las actividades tradicionales de culto y administración, sin muchas actividades pastorales, hizo que se sintiera la prioridad de lo sacramental. Y en la celebración, quizás solitaria, de la eucaristía, los presbíteros hemos sentido profundamente la necesidad de estar con nuestras comunidades. Hemos experimentado íntimamente que, sin la liturgia y la eucaristía, nuestro sacerdocio estaría vacío. Hemos revivido la dimensión universal salvadora de cada misa.

- “**Volvemos con alegría... Tan pronto como las circunstancias lo permitan, es necesario y urgente volver a la normalidad**”, dice la carta.

Pero **¿cuándo será ese “regreso a la normalidad”?** **¿Cómo será?**

No se ve cercano el fin de la “anormalidad”. Los científicos creen que, en el mejor de los casos, habrá **vacuna en 2021 y se estará universalizando entre el 2022 y el 2023**. Algunos dicen que entrado el **2024. Ningún antídoto a la vista**. En Katar habrá protocolos de aislamiento en el mundial de fútbol 2022.

Además, los científicos piensan que los abusos ambientales, unidos a la velocidad de comunicaciones, propiciarán **nuevas pandemias en el próximo futuro**.

Por consiguiente, muchos, sobre todo los viejos, no vivirán esa normalidad añorada sino excepcionalmente; y algunos no la verán. Quienes privilegiadamente podrán reunirse tendrán, por mucho tiempo, limitación: por aforo, por las dimensiones del templo, por las circunstancias económicas de la parroquia, por edad o problemas de salud. En muchas parroquias más del 60% quedará ordinariamente excluido. Aunque puedan asistir, tendrán que someterse a turnos.

Felices los que van a poder volver alegremente a la eucaristía en el templo: no serán muchos y no será pronto. Por eso, hay que

pensar en los que retornan alegres pero también en los que van a estar fuera del templo.

- La carta dice que los medios han servido para “los **enfermos** y aquellos que están **imposibilitados para ir a la Iglesia**” y los designa como “hermanos y hermanas desanimados, asustados y distraídos durante mucho tiempo”.

En este tiempo esos imposibilitados han sido casi todos los fieles, y la mayoría lo seguirán siendo. “Sacramenta propter homines”. No puede ser que esa multitud no preocupe a nuestra reflexión y actitud pastoral.

Los tiempos de crisis nunca pasan sin dejar huellas dolorosas, pero también son tiempos de maduración. Así, el exilio en Babilonia produjo deserciones entre los creyentes judíos aun entre los que no sufrieron el destierro, debilitó la estructura jerárquica del pueblo de Israel e hizo perder memoria y textos. “**Ya no vemos nuestros signos, ni hay profeta: nadie entre nosotros sabe hasta cuándo**” (Salmo 73). Pero maduró la fe para comprender mejor la **pertenencia, el sentido del templo** y, sobre todo, del **culto espiritual**. Hizo comprender que la Shekinah no estaba sólo en el Sancta Sanctorum del Templo de Jerusalén sino donde se reunieran en la fe (sinagoga) y que el culto, más que en holocaustos y sacrificios de Jerusalén, está en el corazón obediente.

La situación que nos ha traído esta pandemia no es la más difícil en la historia de la Iglesia. No es tan difícil como la de aquellos heroicos cristianos japoneses, los **kakure kirishitan**, que tuvieron que pasar doscientos cincuenta años (1587-1867) **sin sacerdotes, sin Eucaristía ni sacramentos, sin templos, sin imágenes y sin Biblia**, fieles al cristianismo y a la Iglesia católica. Sólo con la Tradición, el Bautismo y la Oración. Lo que han llamado el “milagro de Oriente”, evocado por la película “Silencio”:

“Es ejemplar la historia de las comunidades cristianas en Japón. Sufrieron una dura persecución en los inicios del siglo XVII. Fueron martirizados muchos, los miembros del clero fueron expulsados y miles de fieles fueron asesinados. No permaneció en Japón ningún sacerdote, todos fueron expulsados” ... “**¡sobrevivieron**

con la gracia de su Bautismo!”. ... Estaban **aislados y escondidos, pero eran siempre miembros de la Iglesia**. ¡Podemos aprender tanto de esta historia!” Papa Francisco (marzo 2015).

- La Carta agradece la **“transmisión de la Misa cuando no había posibilidad de celebrarla comunitariamente”**.

Pero la **Misa siempre se celebra comunitariamente**. El acto de celebrar la eucaristía es indispensablemente comunitario. Por eso, la OGMR actual, corrigiendo la anterior, **nunca habla de misa privada**. El Celebrante está ligado a la **comunidad que, a su modo, siempre está presente**.

OGMR 19: “Aunque en ocasiones no se puede tener la presencia y activa participación de fieles... siempre es un acto de Cristo y de la Iglesia”.

- **“Ninguna transmisión es equiparable a la participación personal o puede sustituirla”**.

Eso es claro. Pero podríamos hacer unas reflexiones.

Pensemos en el término **“transmisión”**. No es asunto de poca monta: los educadores del mundo han concluido que no hay acto vivo educativo si sólo se piensa en transmisión, que sólo implica oyentes, televidentes: no es encuentro activo. Si sólo hay transmisión, sólo hay de parte del feligrés un acto piadoso, valioso ante Dios, pero sin valor objetivo de gracia como acción de la Iglesia.

La carta considera que **transmisión** supone **no participación personal**. Pero en lo virtual puede haber mucho más que transmisión. Precisamente en esta pandemia, el medio virtual ha permitido a hijos la única oportunidad de acompañar a la madre moribunda: ellos saben que no fue sólo una transmisión sino un **verdadero y vivo encuentro personal** en realidad virtual. Gracias a Dios y al “trabajo del hombre” se ha construido una cercanía nueva, **nueva presencialidad**.

Amigos o parientes nos invitaron en pandemia no a la “transmisión” sino a la celebración de funeral: no a ver un noticiero, sino a compartir la celebración. Ese modo de **presencia en tiempo real** es regalo de Dios y de la creatividad humana.

El 12 de octubre de 1981 el Papa Juan Pablo II bendijo virtualmente la imagen del Corcovado en Río de Janeiro, como lo había hecho Pío XI 50 años antes. ¿No es verdad que el Papa se hizo presente para los cariocas? Hasta encendió las luces desde Castelgandolfo con el mismo botón de Marconi.

En la inolvidable oración del Papa Francisco en la plaza de San Pedro vacía, los millones de fieles que nos unimos ¿éramos sólo telespectadores? ¿Participaron únicamente el Papa, el ceremoniero y cuatro personas más? Claro que **nos congregamos** simultánea y verdaderamente como Iglesia, en comunidad virtual y **participamos**.

No nos neguemos a aceptar que la **simultaneidad** de tiempo, **visible y audible**, a través del medio virtual y sobre todo **en tiempo real**, es también **presencia**.

Si hay presencialidad compartida puede ser verdadera participación. No son espectadores sino celebrantes, con tal que haya fe y actitud participativa; pero eso también puede faltar en la presencia real no virtual. Hay quienes están congregados físicamente en el templo, pero no participan ni celebran. A veces, aunque estén allí ni ven ni escuchan, (a veces ni oyen), ni hablan ni cantan y además no comulgan.

No es la **plena presencialidad**. Pero se nos ha dado la oportunidad de una **presencialidad verdadera en tiempo real**, que nunca había sido posible. Además, podemos tener, por medio de Zoom, Meet u otra plataforma, **interacción en tiempo real** para cientos y miles: más que en un templo.

Importante que canonistas y teólogos indaguen las consecuencias de esto. No es la primera vez que nuevas realidades culturales e históricas llevan a redefinir parámetros de la vivencia y celebración en la fe. Es inculturación en la cultura de la tecnología virtual.

Es de gran importancia pensar en los que no van a poder volver y en los ausentes.

En la Apología primera, San Justino cuenta al emperador Antonino lo que los cristianos hacen el “día del sol”: explica que se envía la eucaristía **a los que están ausentes**. Se quiere que **los que no se pudieron reunir también participen** de la eucaristía. **El Papa Francisco ha insistido en que hay que tener en cuenta**

a los que están lejos. Ahora quedan lejos muchos de los miembros de la iglesia.

Muchos católicos, en este tiempo de pandemia, han compartido con fidelidad la Misa celebrada por los medios, uniéndose a celebraciones de distintas parroquias o diócesis. Se han “fidelizado” con Misas de ciudades o países lejanos. Muchos celebrantes han tenido, en esas Misas, más fieles que en su parroquia. Para muchos fieles, por bastante tiempo, no habrá la posibilidad de unirse a la participación plena. **Algunos, por edad o enfermedad, casi nunca podrán hacerlo.**

Hace bien, tanto al celebrante como al fiel participante en la eucaristía virtual, que se medite y reconozca el valor de fe de ese encuentro virtual. No hagamos como aquellos que, por insistir en que sin la comunión no hay verdadera participación en la Eucaristía, desmotivan a quienes por alguna razón (divorciados, unidos sin sacramento, etc.) no pueden comulgar: **Muchos, desmotivados, no han vuelto a Misa.**

Un celebrante que reconoce el valor de esa celebración virtual vivirá la presencia de esa comunidad virtual, se preocupará por un **estilo realmente comunicativo** capaz de suscitar a distancia la participación con la fe en el acontecimiento salvador. **Con una actitud profética y celebrante** no centrada en sí mismo, por la palabra, la mirada y la gestualidad **que conecte más que la misma red.** Y con una atención muy delicada a la **elocución**, a la **dignidad y propiedad de los gestos y signos litúrgicos**, ya que el micrófono y la cámara exhiben en primer plano, desnuda, cualquier actitud impropia. Allí molesta más la actitud clerical o postiza, el gesto agrio, displicente o presumido, la desagradable presentación o el canto desafinado del celebrante o los cantores.

Y los fieles, si se reconoce claramente el valor de esa presencialidad y participación, aprovecharán gustosos esa oportunidad de participar en la celebración; muchos “que están lejos” se acercarán a la Palabra de Dios y los signos sacramentales, **en particular a la Eucaristía dominical, sabiendo que la Iglesia los reconoce presentes.** Se sentirán motivados a vivir en su casa ese momento, no como un programa piadoso para ver y oír, sino un **encuentro de Iglesia** en el que pueden participar.

Ayudaría ambientar el lugar colocando al lado

de la pantalla un signo de fe, un crucifijo o un icono religioso. Se pueden insinuar las **respuestas y aclamaciones, las posiciones** sugeridas para ciertos momentos de la celebración, los **signos** que pueden compartir en casa. Se podrá ayudar con unas **moniciones** adecuadas a la situación virtual. Además, la atracción de la pantalla hace que estén los fieles en concentración y capten mejor los gestos, las lecturas y la homilía.

Es una oportunidad preciosa para una catequesis litúrgica y mistagógica aprovechando la concentración fascinante que provoca la pantalla.

Alguno dirá que dar validez a la presencia y participación virtual puede llevar al desafecto por la plena presencia. La carta misma dice que “estas transmisiones... corren el riesgo de alejar de un encuentro personal e íntimo con el Dios encarnado”.

El Papa Francisco compartió una historia que, dice, “me ha causado disgusto”. Un obispo dijo que con esta pandemia la gente “se ha **deshabituado**” de ir a la iglesia, “que nunca más volverán a arrodillarse ante un crucifijo o a recibir el cuerpo de Cristo”. El Papa comentó que, si esas personas “vinieron a la iglesia por costumbre, es mejor que se queden en casa. Es el Espíritu Santo quien llama a la gente”. **“Tal vez después de esta dura prueba, con estas nuevas dificultades... los fieles serán más verdaderos, más auténticos”.** (Entrevista con Larissa López ADN Kronos Zenit 30 Octubre 2020)

Cuentan las Florecillas que Santa Clara, ausente por enfermedad, asistió a la distancia, milagrosamente, con San Francisco, al Oficio de Maitines de Navidad, y a la Santa Misa, en la cual comulgó. Excepto por la comunión, ahora podemos asistir, como ella, a distancia, por este milagro que recibimos del Señor y del trabajo de muchas personas.

Con gusto volveremos alegres, cuando se pueda, a la plena presencia y participación. ★

Mons. Mauro Serrano Díaz
Canónigo de la Catedral Primada de Bogotá
Estudios: Inst. Pastoral Litúrgica, Brujas-Bélgica
e Inst. de Música Sagrada en París.
Asesor del Dpto. de Liturgia del SPEC

¿Por qué volver a los templos?

La pandemia nos alejó durante meses de los templos; ahora se nos ha invitado a volver de nuevo a ellos y a toda la realidad que ello implica; no han faltado en las redes sociales las voces disonantes que se oponen a este “volver”. No me refiero a los argumentos de salud, válidos y de prudencia que cada uno tendrá que sopesar. Esta reflexión es una invitación a meditar si la frase que algunos expresan de “que no es necesario volver a un templo para encontrar a Dios” sea válida o no para un católico. Alguien me decía “oraré para que usted pueda encontrar a Dios sin necesidad de ir al templo”, de estas posturas o cuestionamientos sobre la no necesidad de volver a un lugar de culto nacen estas reflexiones, que espero sean luz y formación de unos y otros.

Quiero iniciar citando a Pablo para argumentar a quiénes me dirijo y a quienes no: “¿por qué voy a juzgar a los de fuera?” (1 Cor 5,12), dice san Pablo. De la misma manera quiero compartir estas reflexiones con los de adentro, con quienes se precian de ser y pertenecer a Iglesia Católica, para ellos, mis hermanos en la fe, son estas reflexiones; sé que existen otras comunidades cristianas que tienen una comprensión y teología muy distinta sobre el valor de los “templos” o lugares de culto, respeto sus posturas y espero, como mínimo, que ellos respeten la nuestra.

Frente a la frase en cuestión, “no es necesario volver a los espacios de celebración”, me surgen varios interrogantes ¿En nuestra relación y amor con Dios qué valor damos a estos lugares? ¿qué es lo que en estos espacios acontece? ¿Acaso podemos cambiar nuestra postura bajo el argumento de que a Dios lo encontramos en todo lado? ¿Un cristiano católico no tiene necesidad de ir a un templo o lugar de celebración comunitaria? ¿Acaso el creyente católico resuelve su relación con Dios en un intimismo personal?

¡Que a Dios lo encontramos en todo lado, lo tengo claro! ¿Qué católico desconoce el atributo divino de la omnipresencia de Dios? Sabemos que le es propio de su perfección y que este atributo le permite estar presente en todos los lugares y en todos los momentos al mismo tiempo. Nos lo recordó San Juan Pablo II: “Este Dios omnipotente es también omnisciente y omnipresente. O aún mejor, habría que decir que, en cuanto espíritu infinitamente perfecto, Dios es a la vez la Omnipotencia, la Omnisciencia y la Omnipresencia misma. [...] Lo mismo puede repetirse de la presencia de Dios mediante su conocimiento, como

Mirada infinita que todo lo ve, penetra y escruta (per visionem, o per scixentiam). Finalmente, Dios está presente de modo particular en la historia de la humanidad, que es también la historia de la salvación” (Audiencia General sept. 18 de 1985). Que Dios está presente allí donde se vive la dimensión comunitaria es claro, Jesús nos dijo: “donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18,20), pero estos encuentros comunitarios de oración o espiritualidad en cualquier espacio no eximen de aquellos otros momentos de encuentro eclesial, en los lugares destinados a la celebración de la fe y especialmente de los Sacramentos. Todo lo contrario, cuando el creyente en cualquier lugar y en una relación auténticamente espiritual se encuentra con Dios, es Dios mismo quien le permite comprender el gran valor de las celebraciones eclesiales.

“Volver a los templos”, que no es solo una expresión de retorno a un lugar determinado, sino que en ella se esconden significados y sentidos diversos, pide por tanto intentar comprender qué quiere decir un católico cuando expresa estas palabras. Tres grandes componentes, me parece, se pueden citar: El valor sagrado del lugar, el sentido inigualable de la Iglesia – comunidad creyente, y finalmente, la incuestionable presencia real de Jesús en la Sagrada Eucaristía.

El valor de los lugares de culto

Nuestra comprensión del valor del lugar sagrado nace de la experiencia bíblica. Israel fue progresivamente descubriendo el valor sagrado del Templo; sobre este argumento compuso hermosísimos salmos hablando del recinto sagrado (Cf. Sal 27; 24, 42), su oración hoy frente al Muro de los Lamentos es una expresión de dicho valor. Jesús, a la edad de 12 años, lo llamó: “casa de mi Padre” (Lc 2,49), más tarde en acto de purificación del templo se refiere a él como “casa de oración” (Mc 11,17; Mt 21,13; Lc 19,46; Jn 2,14).

Los cristianos en continuidad con este valor consagramos, es decir, dedicamos lugares especiales al encuentro con Dios, al respecto el Cardenal Robert Sarah precisa: “los cristianos... rápidamente edificaron lugares que fueran domus dei et domus ecclesiae – casa de Dios y casa de la Iglesia – donde los fieles pudieran reconocerse como comunidad de Dios, pueblo convocado para el culto y constituido en asamblea santa” (Carta: ¡Volvemos con alegría a la Eucaristía!). Lugares que como se dice en la plegaria de dedicación de

una iglesia, son lugares santos donde el torrente de la gracia de Dios alcanza a sus hijos. Así, aunque a Dios lo encontramos en cualquier lugar, no dejamos de tener “casas de oración”. El valor de lo sagrado para los cristianos es una novedad fielmente vivida durante estos ya casi dos mil años de historia de salvación cristiana. Cada lugar sagrado, templo, capilla, oratorio, son espacios que nos llevan a vivir la experiencia de Pedro: *“Señor está bien que nos quedemos aquí”* (Mt 17,4). Estos lugares son una fascinación de encuentro con Dios, en ellas experimentamos la luz de la transfiguración y bajamos a la lucha de la vida con la fuerza del Señor.

El sentido de Iglesia comunidad creyente

La expresión “volver a los templos” en los labios de un creyente significa que tiene deseos de encontrarse con la Iglesia, su deseo va más allá del lugar físico y siente necesidad del valor de la comunidad creyente; manifiesta el deseo del reencuentro con los hermanos; en ella se expresa su deseo de querer vivir su condición de piedra viva de la Iglesia, pues *“los que en un tiempo no eran pueblo, ahora son Pueblo de Dios”* (2 P 2,10). Cada bautizado se sabe parte de este Pueblo único; “volver a los templos” es volver a tener la posibilidad de ver el rostro del otro que es hermano, es compartir la alegría de caminar juntos al encuentro de Dios. La Iglesia va más allá de las fronteras de la propia casa, en los otros hay riqueza y presencia de Dios. Es suficiente ver la realidad de la Iglesia en sus inicios *“En Antioquía, donde por primera vez, los discípulos recibieron el nombre de cristianos”* (Hch 11,26); *“Al llegar Bernabé y ver lo que Dios había obrado entre ellos se alegró y los exhortaba a permanecer unidos al Señor”* (Hch 11,23). En el encuentro con el otro, con el hermano, con las piedras vivas, cada uno se fortifica con el testimonio, comparte la oración, juntos aprenden como Iglesia a no temer, el sufrimiento de cada uno cobra sentido. El pueblo de Dios congregado en un lugar sagrado es fuerza que alcanza el amor de Dios.

Presencia real y misteriosa de Jesús

“Volver a los templos” no significa caminar de la propia casa a otro lugar para hacer lo que se podía haber hecho en casa, nada más absurdo y ajeno a la comprensión de la verdad. El “volver a los templos” significa volver a la realidad de la vivencia sacramental; el católico que expresa su deseo de volver a los templos está diciendo que reconoce la presencia de Jesús en los Sacramentos y que tiene necesidad de volver a ellos, con razón el Cardenal Sarah llamo a su Carta sobre esta situación: “¡Volvemos con alegría a la

Eucaristía!”. Ciertamente, según las necesidades, la virtualidad tiene su sentido, pero nada suple la experiencia de la vivencia en comunidad de la celebración de las manifestaciones de fe, en ellas se goza de la presencia real de Jesús en la Sagrada Eucaristía. Esta, aunque por más que se quiera, no se puede tener en cada casa o en cualquier lugar, qué más quisiéramos que en cada casa hubiese un sacerdote para hacer presente la Carne y Sangre del Señor. Aunque Dios lo llena todo y nos podemos encontrar con él en cualquier lugar, no acontece lo mismo con la realidad de la Carne y Sangre de Jesús. La presencia viva y real de Jesús está allí presente en el encuentro de la comunidad eclesial presidida de un sacerdote que ofrece el Sacrificio de la Salvación. Volver a los templos, significa en la expresión sencilla de nuestra gente, el hambre que tienen de la Sagrada Eucaristía, tienen necesidad de ella porque entienden lo que nos enseñó Jesús: *“El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna”* (Jn 6,54); realismo que Pablo expresa: *“La copa de bendición que bendecimos ¿no es acaso comunión con la Sangre de Cristo?; y el pan que partimos, ¿no es comunión con el Cuerpo de Cristo?”* (1 Cor 10,26).

Así que las palabras “volver a los templos” tiene un sentido más amplio que la referencia a un lugar, en él se esconde el deseo de volver a los sacramentos, a la realidad de la Confesión, a la vivencia de la Eucaristía; es volver a sentir la Gracia transformante del Señor en la realidad de la gracia sacramental que se debe prolongar a lo largo de la vida. Cuando un creyente manifiesta su deseo de volver a esos lugares está manifestando sentimientos y deseos mucho más profundos que los literalmente expresado en las palabras. Expresa el deseo de sentirse Iglesia que entra en contacto con la presencia real de Jesús en un espacio consagrado a su culto, es manifestación de querer compartir el encuentro y la oración.

Hermanos en la fe ¡Volvamos a los templos! no traguemos entero, tenemos doctrina, teología y espiritualidad que nos hace comprender por qué es importante “volver a los templos”; a Dios lo encontramos allí donde queramos vivir nuestra espiritualidad, pero sigue siendo vital volver a nuestros lugares de la celebración de la fe, es vital volver a la vida sacramental, a la vivencia de la adoración eucarística, es necesario volver a esos filones de la gracia de Dios. Bendiciones.★

Pbro. Jorge E. Bustamante Mora

Lcdo. En Teología Bíblica
de la Universidad Gregoriana, Roma
Director de los Departamentos de Doctrina y
Promoción de la Unidad y del Diálogo del SPEC

“Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío.” (Sal 42,2)

La pandemia que golpea al mundo entero, se ha convertido para los creyentes, en una larga y agitada carrera, nos hemos visto obligados a confinarnos en nuestros hogares, a privarnos de tantas cosas materiales y, lo más difícil, restringir el acceso a los sacramentos, a la liturgia, y demás prácticas de nuestra fe.

Los templos fueron cerrados, y la tecnología nos ayudó a estar cercanos a la Palabra de Dios, no obstante, nada suple el valor infinito de la recepción de la Sagrada Eucaristía, ni la gracia que se derrama en las celebraciones litúrgicas. *"Aun cuando los medios de comunicación desarrollen un apreciado servicio a los enfermos y aquellos que están imposibilitados para ir a la iglesia, y han prestado un gran servicio en la transmisión de la Santa Misa en el tiempo en el que no había posibilidad de celebrarla comunitariamente, ninguna transmisión es equiparable a la participación personal o puede sustituirla. Más aún, estas transmisiones, por sí solas, corren el riesgo de alejar de un encuentro personal e íntimo con el Dios encarnado".* [1]

La cuarentena fue un tiempo que debió haber nos llevado a valorar el tesoro que tenemos como Iglesia: la Palabra, los Sacramentos, la liturgia, la catequesis, la comunión eclesial, el depósito de la fe, etc. Cuántas Eucaristías en tiempo pasado no celebramos con el corazón o incluso dejamos de celebrar, cuántas Comuniones mal hechas. Quizás se proclamaban las lecturas y no disponíamos el corazón para meditar la Palabra. Cuántas faltas de caridad hacia los hermanos de comunidad, o el no aprovechar bien el tiempo para compartir la fe con ellos.

Poco a poco las autoridades han permitido la apertura de los templos, con un aforo reducido, y los sacerdotes multiplican sus celebraciones para poder recibir a tantas almas que, como la cierva del salmo, van buscando esa agua que satisfaga su sed de Dios (Sal 42). Abramos también nosotros el corazón a las gracias que Dios quiere derramar en nuestro ser. Hoy en día encontramos muchas almas necesitando del sacramento de la reconciliación, enfermos

deseosos de recibir la absolución o una dirección espiritual, padres esperando para que sus niños comiencen a ser hijos de Dios, hombres y mujeres queriendo unir sus vidas en santo matrimonio, etc. Y la Iglesia está ahí como buena madre para recibir a todos los sedientos de Dios, pero no obliga a nadie, llama y espera, y recibe con los brazos abiertos a todos los que a ella acuden.

Como busca la cierva corriente de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío. La sed de Dios es grande, hay muchas almas heridas, corazones queriendo desahogarse a los pies del Señor, y no pueden hacerlo por su edad o por alguna enfermedad que les hace más vulnerables a contraer gravemente el virus. No obstante, gran número de fieles han dejado de ir al templo no por miedo ni enfermedad, sino porque se han acomodado. Hombres y mujeres católicos que van de paseo a distintos lugares, que frecuentan los cinemas, tiendas, restaurantes, bares, etc., se abstienen de ir a la Casa del Señor, porque pueden “celebrar la Eucaristía” a través de las nuevas tecnologías. Mientras hay otros sedientos de Dios, que desearían ir al encuentro del Señor y no pueden.

Se pregunta el salmista con fuerza y anhelo ¿Cuándo entraré a ver el rostro de Dios? (42,3) Querido fiel ¿no deseas tú también entrar a ver el rostro de Dios, y más aún recibirlo bajo las especies del Pan y del Vino? *"No podemos sin el banquete de la Eucaristía, mesa del Señor a la que somos invitados como hijos y hermanos para recibir al mismo Cristo Resucitado, presente en cuerpo, sangre, alma y divinidad en aquel Pan del cielo que nos sostiene en los gozos y en las fatigas de la peregrinación terrena"* [2]. ¿No deseas contemplarlo en la comunidad eclesial reunida, cuando el mismo Maestro nos ha enseñado *"Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos?"* (Mt 18,20). *"Tenemos necesidad de encontrar a los hermanos que comparten la filiación divina, la fraternidad de Cristo, la vocación y la búsqueda de la santidad y de la salvación de sus almas en la rica diversidad de edad, historias personales carismas y vocaciones"* [3]

[1] Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos. *¡Volvemos con alegría a la Eucaristía!* p.4

[2] *Ibidem*

[3] *Ibidem*

“*Volvemos con alegría a la Eucaristía*”, alegres porque tenemos la posibilidad de celebrar el Misterio, después de estar privados de tan grande Sacramento. Hemos experimentado sed de la Sangre de Nuestro Señor y hambre al no poder comer su Cuerpo. Estamos alegres por compartir nuevamente con los hermanos una misma fe, esperanza y caridad. No obstante, este volver, implica también responsabilidad de parte de todos, porque el virus no se ha ido, el peligro sigue presente. Se vuelve al templo respetando todos los protocolos de bioseguridad, pensando en el otro, cuidándonos mutuamente. Esto exige el ejercicio de la caridad cristiana, amar al prójimo como a nosotros mismos.

Los cristianos debemos dar testimonio en el mundo en medio de esta situación crítica, adoptando las medidas sanitarias que ayuden a garantizar la salud todos aquellos que se acerquen a los distintos centros de culto. Los sacerdotes han de procurar adquirir todos los elementos necesarios para mantener los templos en las mejores condiciones. Los fieles deben colaborar siguiendo los protocolos adoptados por los sacerdotes y comunidades de fieles. Todo esto por amor a la fe, por amor a la vida, y por amor al prójimo.

En cuanto, a las celebraciones sacramentales, es necesario, adoptar las medidas, respetando a su vez la naturaleza y normatividad litúrgica. La debida atención a las normas higiénicas y de seguridad no puede llevar a la esterilización de los gestos y de los ritos, a la incitación, incluso inconscientemente de miedo e inseguridad en los fieles. La liturgia debe seguir siendo valiéndose de símbolos y signos para celebrar del Misterio. No ha de convertirse la liturgia en una celebración fría y vacía, ni mucho menos hacer perder su carácter comunitario, se respeta el distanciamiento, pero con la conciencia de que se celebra como Iglesia, como comunidad de fieles reunidos en torno al altar. Los signos y símbolos son importantes para profundizar en el Misterio, no han de olvidarse, sino cuidarlos para que nos ayuden a participar de manera activa, consciente y fructosa de la liturgia eclesial.

El volver a celebrar los sacramentos, es como un inicio primaveral, el fin de un duro invierno, cuya nieve una vez derretida por el sol, empieza a empapar la tierra. Comienzan a brotar las plantas, a florecer y dar frutos. Déjate iluminar por la gracia del Creador, permite que encienda tu corazón, solo así crecerás espiritualmente

te y podrás dar frutos de vida eterna. Recuerda que todo sucede para bien de los hijos de Dios (cfr. Rm 8,28), Él sabe sacar cosas buenas de los acontecimientos difíciles de nuestra historia, Él en su designio amoroso sabe ordenar todo para el bien del hombre, recordemos que es un Padre bueno, que nos perdona y quiere lo mejor para nosotros.

Hoy más que nunca necesitamos vivir con alegría la Eucaristía para llenarnos del amor y consuelo de Dios y brindarlo a los demás. Nos queda un mundo herido: han muerto muchas personas, muchos conflictos han tenido lugar a nivel personal y social; el desempleo aumenta la pobreza a nivel mundial, se incrementan los problemas de depresión, las autoridades sanitarias han trabajado mucho para atender la crisis y el cansancio arremete contra ellos.

¿Y tú cristiano quieres ser luz en medio de este mundo? ¿Quieres ser sal de la tierra y dar sabor a la humanidad que vive en entre la simpleza o la melancolía? Ve al encuentro de Aquel que te está llamando para estar contigo y luego enviarte a anunciar el Evangelio.

Pidámosle a María, nuestra madre, que nos enseñe a experimentar la alegría del Evangelio, para que, a ejemplo suyo, seamos capaces de seguir a Jesús, de buscarlo con locura, de acompañarlo aún en los momentos difíciles, de ir de la mano aún en el camino de la cruz. Solo así la vida será más bonita, los problemas no serán para nosotros el fin, sino un escalón para elevarnos al cielo. Hermano hoy quiero invitarte a vivir la Eucaristía con alegría, como si fuera la primera y la última.

Oración

Oh Jesús mío, hemos pasado por momentos difíciles, la pandemia nos ha mostrado cuán frágiles somos y cuán necesitados estamos de ti. Al estar separados de tu presencia y de los sacramentos hemos experimentado, también, la necesidad de recibir tu gracia. Te pedimos por el fin de esta situación, ayúdanos para que poco a poco vayamos regresando a tu casa, que es casa de oración. Que nuestra fe se haga más fuerte, que experimentemos tu presencia amorosa en medio de nosotros. ★

Pbro. Oscar de Jesús Rendón Acosta
Lcdo. en Filosofía y Ciencias Religiosas
en la Universidad Católica del Oriente, Colombia
Profesor de Liturgia en el Seminario Mayor de San José
Delegado de Liturgia
Diócesis de Santa Marta

La Eucaristía fuente de esperanza y alegría

El cardenal Robert Sarah, prefecto de la Congregación para el culto divino y la Disciplina de los sacramentos, el pasado 15 de agosto envió una carta a los presidentes de las Conferencias Episcopales de la Iglesia Católica sobre la celebración de la liturgia durante y después de la pandemia del COVID 19.

En esta carta nos invitaba a todos, ministros y fieles, a retornar con fe y esperanza al templo para celebrar el Misterio Pascual del Señor.

Sin duda, estos tiempos de la pandemia son tiempos difíciles para todos y también para la participación en la misa y la vivencia de nuestra liturgia. Nuestra manera de celebrar, que hasta ahora siempre nos ha llenado, en estos momentos de propagación del coronavirus requiere un replanteamiento adecuado y una rápida adaptación a las nuevas circunstancias.

Durante este tiempo de confinamiento escuchamos muchas expresiones de los fieles que se sentían “dolidos” por no poder participar de la celebración de la Eucaristía de manera física y presencial, cuando ya pudimos celebrar de manera presencial en nuestros templos se dio otra realidad. En efecto, muchos de nuestros fieles, por todas las circunstancias frente a la pandemia y al temor del contagio, prefirieron seguir participando de la eucaristía por los medios virtuales.

Es verdad que poco a poco vamos recuperando la participación presencial de los fieles en la celebración de la eucaristía y nuestras celebraciones van retomando su alegría, su dinamismo y participación, pero también reconocemos que muchos de nuestros fieles, por un tiempo largo y ante las actuales circunstancias de crecimiento de contagios, no volverán a nuestros templos, por eso quisiera, a partir de la carta del cardenal Sarah, compartir algunas reflexiones sobre la vuelta a la Eucaristía con esperanza y con alegría.

Reconocer el valor de la misa

Reconocer el valor de la misa requiere fe y crecer en el amor a este gran sacramento. Jesucristo no ofreció su sacrificio y muerte en cruz por una humanidad en términos genéricos, sino por cada ser humano en particular, concretamente por ti y por mí (Gal 2, 20).

Por eso, Él espera que estemos presentes, en la eucaristía o misa celebrada en la iglesia o templo parroquial, de manera física, personal, activa, consciente, con fe, con gratitud, con los mismos sentimientos de quienes estuvieron presentes al pie de la cruz, comenzando por su Madre, que estemos presentes con nuestro cuerpo, alma y humanidad.

Estando en misa física o personalmente también nos alimentamos espiritualmente, comemos el pan bajado del cielo (nadie come a distancia o virtualmente), y expresamos con nuestra presencialidad la realidad que somos: el pueblo de Dios que camina en unidad.

La misa, como lo recuerda la Instrucción General del Misal Romano en los números 91 y 92, es el «sacramento de unidad». Hay un aspecto fundamental de la vida de la fe cristiana: su dimensión comunitaria. La dimensión comunitaria de la fe es más que importante, es vital. Es vital no solo en la vivencia de la caridad sino también en otros ámbitos como la vivencia de la oración y la liturgia eclesial.

El Señor Jesús nos invita a salir de nosotros mismos para ir al encuentro del hermano; eso, incluso, resume toda la ley y los profetas (Mt 22, 39-40). Ignorar este aspecto nos lleva a tener una “fe” egoísta y/o privada; a tener una “fe” basada en la comodidad y bienestar individuales. Desconocer la dimensión comunitaria de nuestra fe es alinearse con la cultura que favorece el aislamiento y que, ante la pandemia, se ha acrecentado este sentimiento de individualismo para evitar el contagio.

Aprender a vivir la Santa Misa

El papa Francisco en el mensaje al Congreso Eucarístico Nacional en Alemania del año 2013 decía: “Es necesario aprender a vivir la Santa Misa”; dijo, también, un día san Juan Pablo II en un seminario romano, a los jóvenes que le preguntaron por el recogimiento profundo con el que celebraba: “¡Aprender a vivir la Santa Misa! A esto nos ayuda, nos introduce, estar en adoración del Señor eucarístico en el sagrario y recibir el sacramento de la reconciliación”

Después de este tiempo en que no pudimos celebrar con nuestros fieles la Eucaristía en nuestros templos, es bueno que todos, ministros y fieles, podamos aprender a vivir la santa Misa,

este proceso nos debe hacer pensar en la situación que estamos viviendo: “en un mundo que ha cambiado, y que está cada vez más obsesionado con las cosas materiales, debemos aprender a reconocer de nuevo la presencia misteriosa del Señor resucitado, el único que puede dar amplitud y profundidad a nuestra vida” (Benedicto XVI, Mensaje del clausura del L Congreso Eucarístico Internacional, Dublín 17-VI-2012)



Eucaristía Basílica Menor Nuestra Señora de Lourdes. (2020). [Foto]. Comunicaciones Arquidiócesis de Bogotá

Un lugar para “aprender” a Dios es la liturgia y, concretamente la Santa Misa. Así lo afirma el papa Francisco: “Cristo se revela como el verdadero protagonista de toda celebración, y asocia siempre consigo a su amadísima Esposa, la Iglesia, que invoca a su Señor y por Él tributa culto al Padre eterno (S C, n. 7). Esta acción, que tiene lugar por el poder del Espíritu Santo, posee una profunda fuerza creadora capaz de atraer a sí a todo hombre y, en cierto modo, a toda la creación”

Poco a poco estamos volviendo a una “nueva normalidad” también en nuestras celebraciones eucarísticas y es una buena oportunidad para purificar nuestra manera de celebrar y participar en la acción litúrgica, superar una visión mágica de la eucaristía y valorar mejor las palabras y los gestos de la celebración misma, que son “expresión madurada, a lo largo de los siglos, de los sentimientos de Cristo y nos enseñan a tener los mismos sentimientos que él; conformando nuestra mente con sus palabras, elevamos al Señor nuestro corazón” (*Instrucción Redemptionis sacramentum*, n. 5).

Cuando la Santa Misa es vivida con fe, amor y atención promueve la conformación con Cristo, por eso “aprender” a vivir la Eucaristía es una tarea para todos nosotros, ministros y fieles, participar de la Santa Misa valorando los momentos celebrativos y respetando los silencios, como momentos de intimidad con el Señor Resucitado y momentos de gracia que el mundo ha ido perdiendo.

Volver con alegría a la Eucaristía

La celebración eucarística es ante todo un don de Dios para nosotros, es un regalo que nunca

acabaremos de comprender plenamente y nos puede pasar, como recuerda el evangelista Lucas al hablarnos de los invitados que se excusaron de participar en la cena; en efecto, “un hombre dio una gran cena y convidó a muchos. A la hora de la cena, envió a su siervo a decir a los invitados: ‘Venid, que ya está todo preparado’. Pero todos a una empezaron a excusarse” (Lc 14,17-18).

A lo largo de la historia de la Iglesia muchos hombres y mujeres nos han dado testimonio de un amor profundo a la eucaristía, superando las prohibiciones de las autoridades y aún el peligro de perder la vida, como los mártires de Abitinia que, en el año 304, mientras eran torturados, siempre insistieron en que fueron libremente a las celebraciones porque «*Sine dominico non possumus*» (Sin domingo no podemos vivir). Benedicto XVI dijo en referencia a ellos «Nosotros tampoco podemos vivir sin participar en el Sacramento de nuestra salvación y deseamos ser *iuxta dominicam viventes*, es decir, llevar a la vida lo que celebramos en el día del Señor».

O el testimonio más cercano del joven italiano Carlo Acutis, beatificado el pasado 10 de octubre en Asís, quien ponía en el centro de su vida el sacramento de la Eucaristía que llamaba “mi autopista hacia el Cielo”. Admitido para recibir la Primera Comunión a tan sólo 7 años de edad, desde entonces nunca faltó a la cita cotidiana con la Santa Misa. Siempre intentaba hacer un poco de Adoración Eucarística, ya que estaba convencido de que “estando ante Jesús Eucaristía uno se convierte en santo”

Pidamos la intercesión de tantos santos que amaron profundamente la Eucaristía y a través de la participación plena, consciente y activa de la Santa Misa, transformaron sus vidas y

gozan ya de la presencia del Padre celestial, para que todos, ministros y fieles, superando todos los miedos y respetando los protocolos de bioseguridad, volvamos a la Eucaristía con alegría y esperanza.

Ante la compleja realidad que estamos viviendo y con tantas incertidumbres en el panorama, volvamos a la Eucaristía que ella es fuente de esperanza, de vida y fortaleza espiritual.

- Frente a un mundo dividido y disgregado volvamos a la Eucaristía que es fuente de unidad y de comunión.
- Frente a un mundo que exalta el goce de los placeres materiales y la búsqueda de la felicidad pasajera, volvamos a la Eucaristía que es fuente de vida eterna y nos da la verdadera alegría que nada ni nadie nos podrá quitar.
- Frente a un mundo que devora todos los recursos y vive solo por el pan material, volvamos a la Eucaristía que nos alimenta con el pan bajado del cielo que fortalece nuestra hambre y sed de eternidad.
- Frente a un mundo cada vez más injusto, con mayores desigualdades sociales y eco-

nómicas, volvamos a la Eucaristía que alimenta nuestras ansias de un mundo renovado, más equitativo y más solidario.

- Frente a un mundo sumergido en odios, rencores y violencias, volvamos a la Eucaristía que es fuente de perdón y de reconciliación.
- Frente a un mundo golpeado por este virus que ha dejado a tantos sin empleo, sin recursos, sin poder llevar el pan a sus mesas, volvamos a la Eucaristía que es sacramento de caridad y nos compromete a ser cada día más sensibles a las necesidades de los hermanos.

Que el volver a la Eucaristía nos haga tomar conciencia del gran regalo que el Señor nos dejó y nos haga crecer en un renovado amor por el sacramento que une el cielo con la tierra.★

Pbro. Héctor Giovanni Sandoval Moreno

Delegado de Liturgia

Lcdo. en Liturgia del Instituto Litúrgico de Barcelona

Arquidiócesis de Ibagué



Para qué se va al templo

Papa Francisco

<https://youtu.be/3q6lQgPM-yg>

“¡Qué alegría cuando me dijeron: «Vamos a la casa del Señor!»” (Sal. 121,1)

En una carta remitida a las conferencias episcopales de todo el mundo, con aprobación del Papa Francisco, el Cardenal Robert Sarah, prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, nos compartió una orientación relacionada con lo que vivimos a causa de la pandemia del Covid 19: “*volver a la eucaristía*”. Abordaremos en este escrito algunos puntos de la carta.

“El Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza” (Mt 8, 20)

“Tan pronto como las circunstancias lo permitan, es necesario y urgente volver a la normalidad de la vida cristiana, que tiene como casa el edificio de la iglesia, y la celebración de la liturgia, particularmente de la Eucaristía... No podemos sin la casa del Señor, que es nuestra casa, sin los lugares santos en los que hemos nacido a la fe”. [1]

Recordemos, entonces, las palabras de Jesús a la Samaritana: “créeme, mujer, que ha llegado la hora que ni en este monte, ni en Jerusalén adorareis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero llega la hora (ya estamos en ella), en que los verdaderos adoradores adoraran al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu, y los que lo adoran, deben adorarlo en espíritu y verdad”. (Jn 4, 21-24)

¿Estas palabras no nos harían pensar que el verdadero culto sería el culto sin culto? La verdad del Evangelio podría ser vivida en todas partes, no habría ningún lugar en el mundo en el cual la Iglesia pudiera reposar, como el Hijo del Hombre no tenía una piedra para apoyar su cabeza. Esta palabra de Jesús nos invita a vivir en la fidelidad misma al Evangelio y a la adoración que nos pide: en espíritu y en verdad. Los discípulos y las primeras comunidades cristianas se fueron adaptando al momento concreto que estaban viviendo; igualmente, debemos hacer lo mismo los creyentes de hoy. No estamos viviendo una vida cristiana

“anormal”, sino diferente, y se nos invita a adaptarnos humildemente a ella. Vivimos en nuestro mundo, en nuestro país, horas difíciles que no son, probablemente, más difíciles que aquellas que otros vivieron y que son conocidas hoy. Este tiempo es el nuestro, este es el que nos ha sido dado. Una vez más la hora ha llegado; dejémonos transformar por el Espíritu.

“Necesitamos vivir la ciudad a partir de una mirada de fe que descubra que Dios habita en sus casas, en sus calles, en sus plazas. Esta presencia debe ser descubierta, desvelada. Dios no se oculta a aquellos que lo buscan con un corazón sincero”. [2]

Recordemos a las comunidades que, por causa de esta pandemia viven en una gran soledad espiritual con el dolor de que ancianos, enfermos, familias disfuncionales, prisioneros, se sientan alejados de la Iglesia y de la Palabra de Dios, situación que puede volverse trágica si se olvida qué es lo que en realidad da vida. Tenemos aquí una tarea pendiente: hacer que nuestras celebraciones sean en espíritu y en verdad, no un espectáculo de mucha palabrería, que no deja penetrar en el sentido de lo que celebramos. Además de sentarnos al banquete, la eucaristía dominical nos da conciencia de que formamos parte de una comunidad cristiana, somos un cuerpo místico, en el que todos nos compenetramos y nos necesitamos. No somos comunidad solo en el templo, sino también fuera y estamos llamados a cuidarnos mutuamente. La Iglesia es una familia que tiene una gran diversidad en sus carismas y, aquí, no sobra nadie, todos los carismas que son de Dios son necesarios para la conformación de la comunidad cristiana. A veces, en nuestro concepto individualista parece que “los demás” nos estorban, pero no es así, para un cristiano nadie estorba. Como dice San Pablo: “estamos todos unidos en un solo cuerpo y en un solo espíritu, lo que le pasa a uno nos pasa a todos” (Cf. Ef 4, 1-6), lo experimentamos con la pandemia del Coronavirus, pero a menor escala también nos ocurre; lo que le pasa a un miembro de la comunidad, de la familia, del grupo, nos pasa a todos. ¿Nos sentimos responsables de las

[1] Robert Card. Sarah, *Volvemos con Alegría a la Eucaristía*, 15 de agosto de 2020.
[2] Papa Francisco, *Tweets*, 31 de octubre de 2020

personas que nos rodean? Nuestra vocación cristiana es para vivirla en comunión, con otros: "...os ruego que andéis como pide la vocación a la que habéis sido CONVOCADOS" (Ef 4,1).

"Estas transmisiones, por sí solas, corren el riesgo de alejar de un encuentro personal e íntimo con el Dios encarnado que se ha entregado a nosotros no de modo virtual, sino real".^[3]

"¡Conque sabéis discernir el aspecto del cielo y no podéis discernir los signos de los tiempos!" (Lc 16, 3)

Toda gran crisis es una oportunidad, siempre ha sido así. En toda crisis pueden acontecer cosas contrapuestas, así, habrá familias que en esta situación se rompan y otras que se reencuentren, habrá personas que se alejen de Dios y otras que se acerquen a él, habrá personas que a través del mundo de las redes sociales encuentren la Palabra de Dios, y otras que, sin embargo, se adentren en páginas corrosivas; acontecen cosas contradictorias en tiempos de crisis.



Parroquia San Alfonso María de Ligorio, Señor de los Milagros, Bogotá

"Los tiempos cambian y nosotros los cristianos debemos cambiar continuamente", con libertad y en la verdad de la fe. Lo afirmó el Papa Francisco. En efecto, el Pontífice reflexionó sobre el discernimiento que la Iglesia debe hacer contemplando los "signos de los tiempos", sin ceder a la comodidad del conformismo, sino dejándose inspirar por la oración.

"Debemos cambiar firmes en la fe en Jesucristo, firmes en la verdad del Evangelio, pero

nuestra actitud debe moverse continuamente según los signos de los tiempos. Somos libres. Somos libres por el don de la libertad que nos ha dado Jesucristo, pero nuestro trabajo es mirar qué sucede dentro de nosotros, discernir nuestros sentimientos, nuestros pensamientos, y ver qué cosas suceden fuera de nosotros y discernir los signos de los tiempos, con el silencio, con la reflexión y con la oración".^[4]

Agradecemos al Señor por esta maravilla que es la iglesia, es Cristo que reúne a los hermanos. Solo Jesús podía darnos la Buena Noticia, el Evangelio. En este tiempo de pandemia, han sido importantes las redes sociales, porque no nos hemos sentido solos para compartir como comunidad en estos tiempos difíciles; hemos seguido reunidos en comunión con toda la iglesia a través de estos medios. En Cristo resucitado, Dios no nos ha abandonado a la muerte y a la desesperación. La historia que estamos construyendo es aquella en la cual obra la virtud de Dios; en esta debemos obrar y deben encontrarse hombres y mujeres resueltos para afrontar las grandes dificultades como la que la humanidad está viviendo a causa de la actual pandemia del Covid 19. Dios no quiere que seamos hombres de la esperanza burlada, no quiere que tengamos nostalgia del paraíso perdido. Quiere, por su Gracia, hacernos testigos de una esperanza invencible. La prueba de esta esperanza, es que afronta la contradicción.

Existe una dimensión comunitaria importante en nuestra misión de fe, a la que muchas veces no le damos importancia. Así lo expresa profundamente el Cardenal Sarah en su carta:

"Conscientes del hecho que Dios no abandona jamás a la humanidad que ha creado, y que incluso las pruebas más duras pueden dar frutos de gracia, hemos aceptado la lejanía del altar del Señor como un tiempo de ayuno eucarístico, útil para redescubrir la importancia vital, la belleza y la preciosidad inconmensurable. Tan pronto como sea posible, es necesario volver a la eucaristía con el corazón purificado, con un asombro renovado. Con un creci-

[3] Robert Card. Sarah, *Volvemos con Alegría a la Eucaristía*, 15 de agosto de 2020.

[4] Papa Francisco, Homilía de la Misa en la capilla de la Casa de Santa Marta, 24 de octubre de 2015

[5] Robert Card. Sarah, *Volvemos con Alegría a la Eucaristía*, 15 de agosto de 2020.

do deseo de encontrar al Señor, de estar con Él, de recibirlo para llevarlo a los hermanos con el testimonio de una vida plena de fe, de amor y de esperanza. Este tiempo de privación nos puede dar la gracia de comprender el corazón de nuestros hermanos mártires de Abitinia (inicios del siglo IV), los cuales respondieron a sus jueces con serena determinación, incluso de frente a una segura condena a muerte. “Sine Dominico non possumus”. [5]

No podemos vivir sin la Eucaristía, sin el día del Señor; sin la luz de la Palabra del Señor que ilumina nuestra vida, somos el pueblo de la palabra “revelada”. No podemos vivir sin el banquete de la eucaristía, mesa del Señor, donde nos sentimos hijos; no participamos en solitario, sino formando parte de la “comunión”, de la común - unión de Cristo; tenemos necesidad de la comunidad cristiana, la familia del Señor, de la cual hacemos parte.

Debemos invocar al Señor para que nos conceda la Gracia de comprender el don que nos ha sido dado y que constituye realmente el misterio eucarístico tal y como Dios quiere que lo vivamos. Entonces comprenderemos mejor qué vínculo íntimo y fuerte se establece entre el misterio eucarístico de Cristo en su Iglesia y el anuncio del Evangelio, poder de Dios que se manifiesta a través de la debilidad de los que Dios ha llamado (a su servicio). Dispongámonos a comprender que es la eucaristía la que actúa y nos convoca.

“No podemos vivir como cristianos sin participar en el sacrificio de la cruz en el que el Señor Jesús se da sin reservas para salvar, con su muerte, al hombre que estaba muerto por el pecado; el Redentor asocia así a la humanidad y la reconduce al Padre; en el abrazo del crucificado encuentra luz y consuelo todo sufriendo humano... No podemos sin el banquete de la eucaristía, mesa del Señor, a la que somos in-

vitados como hijos y hermanos para recibir al mismo Cristo Resucitado, presente en cuerpo, sangre, alma y divinidad en aquel Pan del cielo que nos sostiene en los gozos y fatigas de la peregrinación terrena”. [6]

La eucaristía es el don por el cual, en la acción del Espíritu Santo, Cristo no cesa de estar presente hoy y hasta la plenitud de los tiempos. Es el misterio del nacimiento de un cuerpo llamado a participar de la pasión de Jesús. El sacramento de la eucaristía es el corazón de la Iglesia y constituye a la Iglesia en sacramento. En cada eucaristía somos pueblo de Dios con la fuerza misma de Cristo. Cada vez que nos reunimos para la eucaristía cada uno de nosotros es dado a los otros como hermano y don precioso. En cada asamblea eucarística Cristo hace de nosotros sus discípulos, nos hace carne de su carne, derrama sobre nosotros su Espíritu para que seamos capaces de pelear la misma batalla con la única arma que Dios no da. De este modo, la liberación, el rescate, la redención del mundo se obrará con nuestra debilidad.

“Renovemos el propósito de ser testigos del Resucitado y anunciadores de una esperanza cierta, que trasciende los límites de este mundo”. [7]

Es necesario asumir la alegría que renace cada día, la alegría de los discípulos que están asumidos por Cristo, que Cristo los acompaña, la alegría de los hijos que lo reconocen como único Padre, la alegría de quien está habitado por el Espíritu y que puede anticipar en este mundo la libertad del reino. ★

Hno. Jaime Vargas Concha. OSB
Monje Benedictino
Monasterio Santa María de la Epifanía Guatapé,
(Antioquia) Colombia

[6] Íbid.

[7] Robert Card. Sarah, *Volvemos con Alegría a la Eucaristía*, 15 de agosto de 2020.

Volvamos al templo a Misa

Volvemos con alegría a la Eucaristía! Así tituló el Cardenal Sarah, Prefecto de la Congregación del Culto Divino y Disciplina de los Sacramentos, una Carta enviada a los presidentes de las Conferencias Episcopales de la Iglesia Católica, sobre la celebración de la liturgia durante y después de la pandemia del COVID-19.

El Cardenal inicia su escrito subrayando cómo la pandemia debida al nuevo coronavirus ha producido “trastornos” no solo en las dinámicas sociales y familiares, “sino también en la vida de la comunidad cristiana, incluida la dimensión litúrgica”. Prosigue, después, recordando, que “la dimensión comunitaria tiene un significado teológico: Dios es relación de Personas en la Santísima Trinidad” y “se pone en relación con el hombre y la mujer y los llama, a su vez, a la relación con Él”. Así, “mientras que los paganos construían templos dedicados únicamente a la divinidad, a los que el pueblo no tenía acceso, los cristianos, en cuanto gozaron de libertad de culto, construyeron inmediatamente lugares que eran *domus Dei et domus ecclesiae*, donde los fieles podían reconocerse como una comunidad de Dios”. Por esta razón “la casa del Señor presupone la presencia de la familia de los hijos de Dios”.

En el texto se lee que “la comunidad cristiana nunca ha buscado el aislamiento y nunca ha hecho de la Iglesia una ciudad con puertas cerradas. Formados en el valor de la vida comunitaria y la búsqueda del bien común, los cristianos siempre han buscado la inserción en la sociedad”. “Incluso en la emergencia de la pandemia surgió un gran sentido de responsabilidad: al escuchar y colaborar con las autoridades civiles y los expertos” los obispos “estuvieron listos para tomar decisiones difíciles y dolorosas, hasta la suspensión prolongada de la participación de los fieles en la celebración de la Eucaristía”.

Tan pronto como las circunstancias lo permitan, sin embargo – afirma el Purpurado – **“es necesario y urgente volver a la normalidad de la vida cristiana, que tiene como casa el edificio de la iglesia y la celebración de la liturgia, especialmente la Eucaristía, como la cumbre hacia la que tiende la acción de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de la que emana toda su fuerza”** (*Sacrosanctum Concilium*, 10).

Conscientes del hecho de que Dios no abandona jamás a la humanidad que ha creado, y que incluso las pruebas más duras pueden dar frutos de gracia, insiste, el Cardenal, “hemos aceptado la lejanía del altar del Señor como un tiempo de ayuno eucarístico, útil para redescubrir la importancia vital, la belleza y la preciosidad inconmensurable. Tan pronto, como sea posible, es necesario volver a la Eucaristía con el corazón purificado, con un asombro renovado, con un crecido deseo de encontrar al Señor, de estar con él, de recibirlo para llevarlo a los hermanos con el testimonio de una vida plena de fe, de amor y de esperanza”.

Citando a los mártires de Abitinia (inicios del Siglo IV), los cuales respondieron a sus jueces con serena determinación, incluso de frente a una segura condena a muerte: *Sine Dominico non possumus* (sin la Eucaristía no podemos vivir), el Cardenal Sarah, subraya, que “este tiempo de privación nos puede dar la gracia de comprender que *no podemos vivir*, ser cristianos, *sin la Palabra del Señor*, pronunciada por Dios para quien hoy abre su corazón a la escucha”; “*no podemos vivir como cristianos sin participar en el Sacrificio de la Cruz*”; “*no podemos vivir sin el banquete de la Eucaristía*, mesa del Señor a la que somos invitados como hijos y hermanos”; “*no podemos sin la comunidad cristiana*, la familia del Señor: tenemos necesidad de encontrar a los hermanos que comparten la filiación divina, la fraternidad de Cristo”; “*no podemos sin la Casa del Señor*, sin los lugares santos en los que hemos nacido a la fe”; “*no podemos sin el día del Señor*, sin el Domingo que da a luz y sentido la sucesión de los días y de las responsabilidades familiares y sociales”.

El Cardenal anota que “aunque los medios de comunicación realicen un valioso servicio a los enfermos y a los que no pueden ir a la iglesia, y han prestado un gran servicio en la transmisión de la Santa Misa en un momento en que no era posible celebrarla comunitariamente, ninguna transmisión es equiparable a la participación personal o puede sustituirla”. Por el contrario, “estas transmisiones, solas, hacen que se corra el riesgo de alejarnos del encuentro personal e íntimo con el Dios encarnado que se nos ha entregado no de forma virtual, sino real, diciendo: *El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él* (Jn 6, 56)”. “Este contacto físico con el Señor es

vital, indispensable, insustituible. Una vez que se hayan identificado y adoptado las medidas concretas para reducir al mínimo el contagio del virus, es necesario que todos retomen su lugar en la asamblea de los hermanos, redescubran la insustituible preciosidad y belleza de la celebración, requieran y atraigan, con el contagio del entusiasmo, a los hermanos y hermanas desanimados, asustados, ausentes y distraídos durante mucho tiempo”.

En la carta, el Cardenal, sugiere algunas líneas de acción para promover un retorno rápido y seguro a la celebración de la Eucaristía. La debida atención a las normas de higiene y seguridad – escribe – “no puede conducir al empobrecimiento de los gestos y ritos”. Además, “confía en la acción prudente, pero firme, de los Obispos para que la participación de los fieles en la celebración de la Eucaristía no se catalogada por las autoridades públicas como una reunión, y no se la considere comparable, y ni siquiera subordinada, a formas de agregación recreativa”.

En esta carta se exhorta a facilitar a los fieles su participación en las celebraciones, pero “sin improvisadas experimentaciones rituales y respetando plenamente las normas, contenidas en los libros litúrgicos, que regulan su realización”, y reconociendo “a los fieles el derecho a recibir el Cuerpo de Cristo y a adorar al Señor presente en la Eucaristía de la manera prevista, sin limitaciones que vayan incluso más allá de lo que prevén las normas de higiene dictadas por las autoridades públicas o los Obispos”.

En este punto el Cardenal da una indicación precisa: “Un principio seguro para no cometer errores es la obediencia. Obediencia a las normas de la Iglesia, obediencia a los obispos. En tiempos de dificultad (por ejemplo, pensemos en las guerras, en las pandemias) los Obispos y las Conferencias Episcopales pueden dar reglamentos provisionales a los que hay que obedecer”.

La Iglesia – concluye el Cardenal Sarah – protege a la persona humana “en su totalidad” y “a la debida preocupación por la salud pública, la Iglesia une el anuncio y el acompañamiento hacia la salvación eterna de las almas”.

Estas exhortaciones del Cardenal, son también para nosotros en Colombia. Por tanto, acogamos su llamada y volvamos a nuestros templos a vivir la Eucaristía. Es comprensible los sacrificios que suponen las normas de bioseguridad para ingresar a los templos, pero luego somos colmados con los dones y gracias que manan del Sacrificio de la Cruz. En efecto, la Eucaristía es un don demasiado grande que amerita la superación de cualquier obstáculo para poseerla. O ¿acaso no hemos superado obstáculos más grandes para alcanzar bienes, incluso, más humanos que divinos? En este sentido, los mártires de Abitinia y tantos otros cristianos nos estimulan a buscar con decisión y entusiasmo la Eucaristía, sin importar el costo que haya que pagar, incluso con la vida. Rompamos cualquier obstáculo, interno o externo que nos impida ir a la Santa Misa.

A propósito de la grandeza del don de la Eucaristía, recordemos las palabras del San Juan Pablo II en su carta Apostólica *Mane Nobiscum Domine*: En la oscuridad de la fe, la Eucaristía se convierte para nosotros en misterio de luz, pues nos introduce en las profundidades del misterio divino. La celebración eucarística alimenta al discípulo de Cristo con dos mesas, la de la Palabra de Dios y la del Pan de Vida. En la primera parte de la misa, se leen las Escrituras para que podamos ser iluminados y puedan arder nuestros corazones. En la homilía, la Palabra de Dios es ilustrada y actualizada para la vida del cristiano en nuestro tiempo. Cuando las mentes son iluminadas y los corazones arden, los signos hablan. En los signos eucarísticos, el misterio está en cierto sentido abierto a los ojos de los creyentes (Cfr. n. 11).

Que estas dificultades que se interponen para vivir la Eucaristía puedan ser para todos una preciosa oportunidad para alcanzar una renovada conciencia del incomparable tesoro que Cristo confió a su Iglesia: la Eucaristía.★

Pbro. Jairo de Jesús Ramírez Ramírez
Delegado para la Vida Consagrada y la Liturgia
Licdo. en Filosofía y Ciencias religiosas en la
Universidad Católica de Oriente., Colombia
Teología en la Universidad Santo Tomás, Bogotá
Teología Litúrgica en San Dámaso, Madrid
Y Doctorando en Teología Litúrgica en la UPB
Diócesis de Sonsón Rionegro

Eucaristía y Pandemia

Los que hemos tenido la oportunidad de pasar un tiempo en el exterior recordamos que tuvimos que vivir un proceso para adaptarnos a costumbres nuevas, como el cambio de horario, culinaria diferente, jornadas de actividades extenuantes, paisajes encantadores pero extraños a nosotros y el integrarnos con personas de distintas culturas e idiomas, con prioridades muy particulares que distan de lo vivido en nuestro país. Es entonces cuando nos invade la nostalgia y experimentamos sentimientos de tristeza y con intensidad extrañamos y añoramos aquello que creemos nuestro, como dónde me crie, me formé y logré realizarme como persona, profesional, miembro de familia y de la sociedad, pero a la vez crece la esperanza y experimentamos la sensación de soñar con el regreso y disfrutar lo que nunca había valorado: la alegría de recorrer caminos que traen recuerdos, abrazar y compartir con mis seres queridos que, hasta este momento, no sabía lo que significaban en mi vida, resumiendo esto en una frase “LA ALEGRÍA DE VOLVER”.

En este tiempo ocurre lo mismo con nuestra fe religiosa, nuestras firmes creencias cristianas de la Santa Iglesia Católica, con las prácticas religiosas comunes y ordinarias con las que fuimos formados, educados, catequizados, que forman parte de nuestras costumbres y modo de vida, como también muchas veces fuimos advertidos que el no practicarlas nos llevarían a una condenación segura y nos alejarían de la Casa del Padre, de un momento a otro fueron interrumpidas y prohibida su práctica presencial, entonces con un gran desconcierto descubrimos un enemigo invisible de la humanidad, que en un abrir y cerrar de ojos invadió nuestro planeta desde las grandes ciudades con alcurnia histórica hasta el sitio más remoto, apartado y humilde de la tierra, cuya consigna es la exterminación de la raza humana, a pesar de los avances tecnológicos, científicos, habiendo conquistado el espacio y habiendo podido descifrar el genoma humano, al igual que hace miles de años nos tuvimos que esconder, refugiarnos en nuestras casas para evitar ser alcanzados por ese virus que hasta hoy va ganando la batalla por la incapacidad

del hombre de hacerle frente con un arma letal para exterminarlo y salvar la humanidad.

El desconsuelo y la tristeza nos invaden, pero la confianza en Dios y en su misericordia nos sostienen para que siga intacta esa esperanza escatológica que con toda certeza, y sin dudar, nos muestra a dónde llegaremos llevados de la mano de la Santa Iglesia Católica, que nos revela que el Sacrificio de Nuestro Señor Jesucristo no fue en vano, y hoy, veintiún siglos después, cobra más vigencia que nunca y reconocemos que con un gran esfuerzo y sacrificio nuestros pastores están ahí, firmes al frente del rebaño, motivándolo y acompañándolo gracias a la tecnología que les permite zona de confort para que, desde sus propios refugios, sientan la presencia del Señor y tengan la llama de la fe encendida en el corazón.

Sin embargo, al recibir el permiso sanitario que nos da la posibilidad de volver a los templos, a la casa del Señor, bajo ciertas medidas de bioseguridad nos invade el miedo y la desconfianza; en efecto, empezamos a ver en nuestro prójimo una amenaza y se nos pierde ese fervor, esa añoranza del retorno. Entonces elegimos seguir sin ningún temor y pudor en la comodidad de mi hogar, convencidos de que seguimos siendo practicantes y buenos cristianos.

Por lo anterior, llama nuestra atención y nos hace una amonestación -tanto a pastores como feligreses-, el cardenal Robert Sarah, en su carta “*Volvemos con alegría a la Eucaristía*”, donde resalta que “tan pronto como las circunstancias lo permitan, es necesario y urgente volver a la normalidad de la vida cristiana, que tiene como casa el edificio de la Iglesia, y la celebración de la liturgia, particularmente la Eucaristía”.

Siendo recomendable leer el documento completo, tomaremos aquí algunos aspectos que me parecen relevantes para la reflexión en el contexto que viviendo y experimentando.

Resalta el Cardenal la certeza de que “Dios no abandona jamás la humanidad que ha creado,

y que incluso las pruebas más duras pueden dar fruto de gracia, y hemos aceptado la lejanía del altar del Señor como un tiempo de ayuno eucarístico, útil para redescubrir la importancia vital, la belleza y la preciosidad inconmensurable”.

Dios, a pesar de esta circunstancia que vivimos, no nos abandona, al contrario, siempre está ahí, mostrándonos su corazón misericordioso, acompañándonos en nuestras luchas y tribulaciones, dándonos fuerzas e incluso llevándonos de la mano a la Casa del Padre.

El ayuno es sacrificio, mortificación, tristeza, soledad, desierto, pero a la vez esperanza, fortaleza, configuración y alegría, además de purificación y conversión.

Es una oportunidad única que debemos aprovechar buscando estar más unidos al Señor, conociéndolo en toda su grandeza, uniéndonos más íntimamente con Él, entendiendo aún más su obra de salvación.

La Eucaristía es lo más hermoso, bello y sublime... de un precioso que jamás podrá ser comparado con nada.

Nos invita el cardenal Sarah a que, en cuanto sea posible, volvamos a la Eucaristía, con un corazón purificado y renovado, con el deseo de estar con Él, de recibirlo, alimentarnos para dar testimonio ante los hermanos que aún están imposibilitados de asistir o despertar el deseo de los que se resisten a hacer presencia en el templo.

Sobre las transmisiones virtuales, continúa afirmando, siguen siendo válidas y que es de gran ayuda el servicio que prestan los medios de comunicación para seguir llevando la eucaristía en forma virtual para los ancianos, enfermos y aquellos que están imposibilitados para ir a los templos, pero, para aquellos que no tienen impedimento, ninguna transmisión es equiparable a la participación personal y que nada puede sustituirla ya que es un encuentro personal e íntimo con el Dios encarnado que se ha entregado por nosotros.

Como feligreses tenemos que salir de la zona de confort a la que nos veníamos acostumbrando, pues es muy rico no salir de la casa y

ver la misa transmitida por televisión, un celular o un computador, sentados en un cómodo sofá o muchas veces acostados en la cama, solo falta acompañarla con palomitas y disfrutarla como cualquier película o partido de fútbol en la pantalla gigante, pero ¿dónde queda el respeto, la piedad, la participación, la vivencia y el recogimiento?

El mensaje para todos los fieles católicos es invitarlos a que volvamos a las fuentes, encontremos la alegría de disfrutar la sagrada eucaristía, de gozar y redescubrir la hermosura y belleza de la celebración, que contagien a sus hermanos desanimados o asustados, que confíen en los pastores y sus colaboradores que se esmeran en tomar todas las medidas para la protección y seguridad de todos sus feligreses.

Vale la pena tener presente que no es lo mismo **asistir** que **participar** y, podríamos afirmar que, hasta el momento, dado que apenas se está iniciando una reflexión teológica y litúrgica sobre la participación virtual, virtualmente “**asistimos**”; y que, por tanto, sería válido, como actor pasivo en la celebración, escuchar la Palabra, acompañar de corazón la consagración y ser solidarios con los que pueden recibir la sagrada comunión con el acto de la comunión espiritual. En ocasiones, en forma presencial también se da el **asistir** a la eucaristía y demás sacramentos, cuando escuchamos los cantos, las lecturas, a los hermanos responder en las oraciones y los vemos comulgar.

Participar, en cambio, es tomar parte activa en el canto, responder a las oraciones propuestas, escuchar activamente y digerir con provecho las lecturas ayudándonos con la homilía y, sobre todo, participar de la cena del Señor acercándonos a recibir la sagrada comunión.

Ese es el Sacramento, el que salva; y la entrega íntima al Señor es sentirlo en nuestra vida y experimentarlo actuando en nosotros mismos, esa es la hermosura de la eucaristía y la **motivación** que debemos tener para sentir la alegría más grande: ¡volver a la eucaristía!

Resalta el cardenal Sarah, que un principio para no equivocarse es continuar respetando la obediencia a las normas de la Iglesia y a los obispos, recordar que, en casos y circunstancias como los que estamos viviendo, las confe-

rencias episcopales y los obispos pueden dar normativas provisionales las cuales estamos obligados a obedecer.

Confiemos en la Iglesia y sus pastores que siempre están protegiendo la vida, a la persona humana en su totalidad, confiemos en Dios, la vida terrena es importante, pero es mucho más importante la vida eterna. “Nuestra meta es compartir la misma vida con Dios para la eternidad”. Entre todos, jerarquía y fieles laicos unidos, trabajamos por el Reino de Dios para salir adelante.

Añorar la Eucaristía y la imposibilidad asistir a ella debe encender en todos los fieles y sus pastores **“la alegría de volver a la Eucaristía”**.

Los retos pastorales, entonces, que nos deja el Cardenal en su carta los podemos resumir en tres.

1. Avivar en los fieles el sentimiento de la alegría de volver a la Eucaristía. Para dar respuesta a muchas peticiones y voces que reclamaban la apertura de los templos, la Conferencia Episcopal de Colombia y los señores obispos de las diferentes iglesias particulares de nuestro país, después de un trabajo juicioso y cumpliendo con todas las exigencias y recomendaciones de bioseguridad exigidas por los entes gubernamentales, expedieron normas precisas para la apertura de los templos. Estas normas implicaron inversiones y cambios en las costumbres, horarios y nuevos aforos de las iglesias con el fin de proteger la vida de los feligreses. Sin embargo, para desconcierto en muchas parroquias no se completa el aforo permitido ya que por el miedo al contagio las personas siguen sin salir de sus casas y no van a sitios donde se reúna un gran número de personas.

2. La importancia de la celebración comunitaria.

La misa es el acto más grande, más sublime y más santo que se celebra cada día en la tierra.

El buen cristiano pone en el centro de su vida la Eucaristía, porque es el hecho que conforma la vida comunitaria. La iglesia le da gran importancia a la celebración eucarística y a la participación comunitaria.

3. Recordar a los fieles la importancia del Sacramento de la Eucaristía como el centro, fuente y culmen de toda vida cristiana, por ella podemos estar en comunión con Dios y recibir la promesa de la gracia futura que es la vida eterna, la participación frecuente en la Cena Pascual que nos dará un puesto seguro en la mesa de la cena celestial.

Los pastores y ministros ordenados tienen el reto de buscar a los fieles, obedeciendo al papa Francisco, constituir una Iglesia en salida y contagiarlos de la alegría de volver a la Eucaristía.

Nos queda la tarea inmensa, a pastores y a fieles, de atraer y volver a las fuentes para ser una Iglesia mejor de la que éramos antes de la pandemia.

Dios nos acompañe y nos bendiga.★

Diác. Gonzalo Sandoval Romero
Ceremoniero de la Catedral Primada de Bogotá
Estudios en Liturgia fundamental,
Arquidiócesis de Bogotá
Comisión Nacional de Liturgia
Arquidiócesis de Bogotá

Dios nos ama y se preocupa profundamente por nosotros

Soy María Teresa Suárez de Maya, normalista superior, licenciada en sociales, abogada, con estudios de postgrado en informática educativa y especializada en problemas de aprendizaje, laboré 46 años como educadora dedicada a la enseñanza básica primaria; actualmente jubilada, casada con Carlos Arturo Maya Serna, también educador; pertenezco a una familia de tradición católica, con un hogar compuesto por mi esposo y dos hijos; habitamos en la ciudad de Bogotá.

Iniciamos nuestra vida laboral trabajando como docentes, estudiábamos a la par nuestra carrera de Derecho y Ciencias políticas, obteniendo ambos el título de abogados; igualmente, realizamos una especialización en problemas de aprendizaje, nos apoyábamos mutuamente tanto en el campo laboral como en el aprendizaje, construimos con amor, en el día a día, las bases de la familia basadas en la fe cristiana, la resiliencia y la ayuda al prójimo, compartiendo la fe, asistiendo semanalmente a la eucaristía y dando gracias a Dios por todos los logros en nuestra vida.

Pertenezco a la comunidad parroquial de Santos Timoteo y Tito, en la ciudad de Bogotá; participo activamente en el sistema integral de nueva evangelización (SINE) a través de las pequeñas comunidades y de los ministerios de liturgia, evangelización y comunión. Este ejercicio de mi compromiso bautismal ha sido una experiencia enriquecedora en mi vida, pues he tenido la oportunidad de conocer personas maravillosas que han fortalecido mi fe y me han permitido ejercer el mandato divino de sembrar amor en los corazones de las ávidas de recibir a Jesús en su vida; igualmente, me han motivado y animado a construir comunidad sobre los valores humanos y cristianos. en una palabra, a llevar la Buena Nueva, dando testimonio a través de la Palabra, con actividades como retiros, acompañamiento a las nacientes pequeñas comunidades, diversos encuentros de formación. Todo este trabajo y compromiso de anuncio del Evangelio me han permitido experimentar la acción y transformación que Dios ha hecho en mi vida, acrecentando mi fe y adhiriendo cada día más a Jesús sacramentado.

El 24 de octubre del 2019, descubrieron en mi esposo un tumor maligno en el pulmón izquierdo. Situación en la que, aunque llenó de tristeza nuestro hogar porque el tan solo escuchar

la palabra cáncer se asocia a muerte, en nuestro caso, jamás llegamos a sentir desesperanza (cfr. Hb 10,23). Con la fe puesta en la voluntad de Dios se empezó el tratamiento en simultánea por nuestra EPS y la Medicina Prepagada, así, el respectivo Oncólogo nos explicó de manera clara y cruda la clase de cáncer que se había descubierto y para el que no existía evidencia científica de tratamiento eficaz alguno y tan solo podríamos acudir o recibir cuidados paliativos, hasta el momento del fatal desenlace. Con tamaña preocupación buscamos una segunda opinión en la medicina prepagada.

Vale la pena resaltar que desde el momento de su diagnóstico Dios recibió, acogió y acompañó a mi esposo a lo largo de su enfermedad, dándole la oportunidad de poner al día asuntos importantes pendientes, de vivir en oración a través de la Eucaristía, el santo rosario diario, acudimos a la intercesión de la Santísima Trinidad y la Virgen María (cfr. Jn 2,1-11), pidiendo que Dios nos mostrara el camino a seguir para asegurar el mejor tratamiento a mi esposo y compañero, tratando de buscar una mejor calidad de vida para él.

Mi esposo, a lo largo de todo su proceso de gradual deterioro, padecimiento y sufrimiento siempre decía: **“Señor Jesús acompáñame en mi enfermedad y hágase tu santa voluntad** (cfr. Mt 6,10), pues esta es buena, agradable y perfecta, así no la comprendamos por el momento. Este grande e inexplicable proceso se dio en mi esposo gracias al acompañamiento espiritual y cuidado pastoral recibido del párroco de nuestra comunidad y a las visitas y llamadas de un sacerdote allegado a nuestra familia. Todas estas atenciones lo fueron preparando, día a día, para entregarse al Padre eterno, hecho que aconteció al momento de su fallecimiento, el 26 de agosto del 2020.

Al empezar la pandemia, en el mes de abril, había fallecido, también, uno de mis hermanos que venía padeciendo de un cáncer de colon, y quien tuvo la oportunidad de recibir de manera consciente la bendición de reconciliarse con Dios a través de la confesión, comunión y unción de los enfermos que obtuvo por medio del párroco de nuestra comunidad.

Aunque su muerte, tanto de mi hermano como de mi esposo, acaecieron en la etapa de la cuarentena, en la que los servicios exequiales en las iglesias eran demasiado restringidos por el confinamiento y no había servicio de acompañamiento en funerarias sino para un pequeño grupo de personas, no impidió esta realidad que mi familia mantuviese unida y acompañada con gestos de fe y solidaridad, por los servicios ofrecidos, también, a través de las redes sociales como Facebook, YouTube y plataformas como Zoom, Dios sabe y siente como reciben todos y cada uno de sus hijos la bendición divina.

Ante esta experiencia de la realidad de la muerte de mi hermano y de mi esposo, siempre estuve de la mano de la Virgen María y el Espíritu Santo que me guiaba y confortaba para recibir sus partidas definitivas como un escalón más para su llegada a presencia divina.

Gracias al servicio de las redes sociales, así como lo hicimos en la enfermedad de ellos a través de la oración diaria y el acompañamiento de las familia ubicadas en distintas regiones del país y del exterior, en el momento mismo de celebración en la fe de sus respectivas entregas a Dios y, también, todos los días, después de sus partidas, pude ser gratamente acompañada, al igual que mi familia, por un gran número de familiares, allegados, amigos, conocidos y pequeñas comunidades que presencial y virtualmente, se hicieron presentes para manifestarnos cercanía y solidaridad, a tal punto que se experimentaba la presencia de Dios que, en su Hijo Jesucristo y en las diversas acciones de las personas, me bendecía, acompañaba, y ayudaba; podía sentir que el Señor estaba conmigo y me llevaba de su mano, **“No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios...”** (Is 41, 10).

Gracias Señor Jesús por alegrar mi corazón y, a pesar de todas las dificultades que se me presentan, seguir contando con tu presencia, tanto en la época en la cual estuvieron cerrados los templos y que participe de forma virtual en la celebración de mi fe, a través de las redes sociales, plataformas digitales y canales de televisión, como de manera presencial en el templo participando activamente en la celebración del misterio de la muerte y resurrección de Cristo a través de las diversas celebraciones litúrgicas.

Agradezco el poder participar de la eucaristía, de recibir a Jesús vivo y resucitado que viene a mi encuentro, me fortalece, me da esperanza, me guía y conduce por el camino de la Bienaventuranza. Por esto, invito a las personas que tengan la oportunidad de compartir esta experiencia de fe que he vivido a participar de la fe cristiana y ser parte activa en las actividades de la parroquia de su comunidad; el hacerlo les permitirá encontrar sentido a las vicisitudes de la vida, de modo que siempre, con la compañía de Cristo Jesús, saldrán victoriosos.

El Señor es mi pastor, nada me falta, en verdes pastos me hace descansar. Junto a tranquilas aguas me conduce; me infunde nuevas fuerzas. Me guía por sendas de justicia por amor a su nombre. Aun así, voy por valles tenebrosos, no temo peligro alguno porque tú estás a mi lado... (Salmo 23). ★

María Teresa Suárez de Maya
Normalista superior, Lcda. en sociales,
Abogada, con estudios de postgrado en
Informática Educativa y
Especializada en problemas de aprendizaje



@Holyart

¡Feliz navidad y bendecido año 2021!

*“Les invito a detenerse ante el pesebre,
porque allí nos habla la ternura de Dios.
Allí se contempla la misericordia divina que se ha hecho carne,
y que enternece nuestra mirada”*

Papa Francisco

